



ALMOCIDIO

VOL.3

LADO

"B"

© Revista Literaria ALMICIDIO

Revista literaria de difusión mensual

DIRECCIÓN:

Alejandro Ramírez Ortiz

Jesús Quinto Celestino

Imágenes:

Portada: Laurent Millet

contra portada e interior: @seb.
pexels.com.es

Diseño:

Alhe-Rams

Puede ponerse en contacto con nosotros en la siguiente dirección de
correo electrónico:

Cornamentaeditorial@gmail.com

Las obras presentadas son propiedad autoral de sus creadores, o de las instituciones que en su caso detentan los derechos (incluyendo, pero no limitado a texto, logotipos, contenido, fotografías, audio y video), y también están protegidas por las Leyes de Derecho de Autor; la alteración o deformación de una obra, así como su reproducción, exhibición o ejecución pública sin el consentimiento de su autor o del legítimo titular de los derechos correspondientes, es constitutivo de un delito tipificado en la Ley Federal de Derechos de Autor, así como en las Leyes Internacionales de Derecho de Autor.

El uso de imágenes, fragmentos de videos, fragmentos de eventos culturales, programas y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, es exclusivamente para fines educativos e informativos, y cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

CON HORROR: a los lectores.

La espera ha terminado.

Bienvenidos sean a este número, los seres cósmicos y los astros han trazado el espectro de luz para iluminar a los habitantes de la ciénaga.

15 países, un solo palpar.

Que lo disfrutes.

**BIENVENIDO AL NIVEL MÁS ALLÁ DE LO HUMANO, ESTA ES
LA ÚLTIMA LLAMADA.**

J.Q.C.

A.R.O.



Lolita

VLADIMIR
NAVOKOV



Audiolibro

ESCUCHANOS

Sintoniza nuestra podcast RADIO SINIESTRA.
Sabrás qué hay detrás del proceso creativo y nuestras influencias.
Además escucharás en la voz de sus autores, los relatos y poemas
mejor valorados de la revista.

No te lo pierdas. Todos los miércoles desde las 6.00am.



Listen on

Apple Podcasts



Spotify



YouTube

MANDA TU TEXTO A NUESTRO CORREO:

almicidioliterario@gmail.com



STEPHEN KING

bellas
durmientes

OWEN KING

Audio Libro

Contenido

RICHARD SOSA / MARTÍ QUEZ	7
MISTERIO.....	7
Sandra García García.....	8
CLARO DE BOSQUE.....	8
ECLIPSE	8
Carlos Rojas.....	9
Beso a verso	9
Alma Delia Blancas Mirano.....	10
Carta a los alumnos... ..	10
L. Dante Gorena V.	12
“Consummatum est”.	12
Raúl Alberto Carcaño Loeza.....	15
TRES GOLPES EN LA PUERTA.....	15
Paola Andreyna Herrera.....	18
LA HADITA Y LA AVECITA	18
Eunice Martínez.....	22
Fundadora de Sueños.....	22
Margarita Galván.....	24
ESPEJO.....	24
José Ángel Ruíz García.....	26
Pasos en la arena	26
Luis Gilberto Torres Bustillos.....	31
Sofía chica.....	31
Mayra Vázquez Laureano.....	36
Junio.....	36
Juan Luis Henares.....	37
Una noche de luna llena	37
Juan Luis Henares.....	41

La orden.....	41
LA LUZ.....	43
Leonardo Martínez	49
Darla	49
Leonardo E. Arteaga Ibarra	53
Un pájaro revoloteando	54
Everardo flores.....	54
Refugio desolador	54
Jota León.....	56
Se alquila media cama.....	56
Byron J. Encinas Velázquez	58
¿POR QUÉ? DE LOS BESOS... ..	58
Karla Hernández Jiménez.....	60
Abrazo dividido	60
Mitchel Rivera Hernandez.....	63
El cereal de Martha	63

MISTERIO

UN CUERPO, UNA ESCENA,
UNA RAZÓN. LOS
CURIOSOS ESPECTADORES
OBSERVAN E HIPOTETIZAN
EL MÓVIL.



LA EVIDENCIA, UNA PERFUMADA
PRENDA FEMENINA, UN PAÑUELO
CON LAS INICIALES V.C.
DE ESTE EMERGÍA UN
EFERVESCENTE Y ETÉREO
AROMA.



MIENTRAS TANTO, EL CADÁVER
YACÍA, FRÍO Y DESNUDO
SOBRE EL PISO.
EL ARMA HOMICIDA
EXTRAVIADA.



NADIE SE ATREVERÍA A MOVER
EL PAÑUELO PUES LA ESCENA
DEL CRIMEN NO DEBÍA SER
ALTERADA BAJO NINGÚN
PRETEXTO.



DE PRONTO,
EL ESPECIALISTA SE LO
ACERCA A LOS ALARES
DE SU NARIZ.

HUELE A MANZANILLO.

TAMANA SORPRESA PARA TODOS,
AL INSTANTE CAE SIN VIDA.
EN LA ESCENA YA NO ES SOLO
UNO SINO DOS HOMICIDIOS,
EL SEGUNDO RESUELTO Y EL
PRIMERO POR RESOLVER.



Sandra García García.

CLARO DE BOSQUE

Buscando el sendero tras una vida perdida,
Conflictos agonizantes y turbias sinfonías,
Un claro de bosque se abre en la espesura
Y con ello, valientes anhelos y sagaces partituras.

La búsqueda acaba con tu gentil frescura,
Sabias pretensiones y anestesiadas amarguras.

Caricias tiernas y miradas protectoras
Guardan mi ser y con él, mi firmamento,
Que en tu alma se desnuda,
Y se entrelaza con tus pasionales sentimientos.

ECLIPSE

La luz da en tu rostro
Como la luna clara en el agua
Una noche de verano.

El sol de tus ojos
Mira atemorizado,
Una oscuridad que se acerca
Eclipsando todo de antemano.

No te asustes,
Todo pasa,
Todo declina,
Nada sucede en vano.

Despierta, respira,
Siente y vive.
Todo lo has soñado.

La luz da en tu rostro
Como la luna clara en el agua
Esta noche de verano.

Carlos Rojas

Beso a verso

Los viajes alimentan al ego,
Como río que ahoga al musgo rojizo,
Que tanto, tanto extraño.

Vivo en días fríos y de mucha concentración
Tener contacto con alguien es parte del alimento,
La ilusión de dormirme en tu pecho desnudo, con unos cuantos pelos

La piel y la compañía solo son una sola agonía
En mi mente, que choca con tu mundo
Golpea y golpea, como si de una emergencia se tratara. Y realmente lo es

El cambio va, el cambio va, necesita respirar
Aunque recordar la sangre teñida de irresponsabilidad es llegar tarde
A penas el silencio está permitido con suspiros

El viaje y su alimento
Voy y vuelvo con muchos destinos
Me visto en claro u oscuro

Tomo la forma que quieras
Delirio por dentro, de gozo en la audiencia
Que con trauma pudo crecer en esta tierra seca

Como si fuera el mayor crimen de todos
Las plantas se duchan bajo nubes y bien puestas sobre acrílico
Ven su universo

Ser cálido
Carmesí o dorado
Ser su universo emancipado

La soledad compromete beso y verso
La compañía, en cambio, estar presente.

Alma Delia Blancas Mirano

Carta a los alumnos...

¿Cuál es el sentir de un Docente?, alguien se pregunta, ¿Qué siente un docente?

Una situación emergente cambió de paredes la escuela, construyendo aulas virtuales donde cada uno de los sentidos se contraponen por la incertidumbre que causa la necesidad de alejarnos, permaneciendo atentos para acompañarnos en este proceso de transición y adaptación escolar.

La virtualidad se ha vuelto mi aliada para conocer una nueva escuela, basada en la corresponsabilidad: Padres de familia, tutores, cuidadores, docentes, alumnos y alumnas.

El inicio escolar será diferente, pero no nuestra esencia.

La misión más grande de tu maestro y quienes cuidamos de ti, es poder recibirte en un ambiente seguro, donde seas libre de jugar y divertirse.

En ésta ocasión, nos toca trabajar doblando esfuerzos, brindándote un espacio de protección, de sanidad, de derechos y responsabilidades.

Juntos, formaremos un espacio escolar donde el Refugio sea tu casa, permita con Prudencia y Su sana Distancia, guardar la Esperanza para reencontrarnos, conocernos presencialmente y ver nuevamente la Aurora del amanecer.

Intento escucharte, hablar contigo, siguiendo un camino que facilite tu aprendizaje y busco estrategias para atender tus emociones.

Pláticame, ¿cómo te sientes? Y por favor “Quédate en Casa”

“Da el mayor esfuerzo en tu hacer y tu hacer hará que mejores día a día”

No permitas que ninguna circunstancia haga romper los lazos de cariño que serán fuertes si nos ayudamos.

No conocía ésta posibilidad de que, en la Tierra, el mundo se cansaría de no ser cuidado y amado por todos nosotros.

Y porque hoy ya lo he comprendido, ¡No quiero que pase lo mismo contigo!

“Cuidándote a ti, me cuido a mí, nos cuidamos todos”

Sean todos Bienvenidos al inicio de nuestra aventura educativa.

Puertas abiertas:

¡Padres de familia, Docentes, Alumnos, Comunidad Escolar, ¡siempre son recursos de trabajo en equipo!

“Porque la niñez es nuestro compromiso, nos cuidamos todos...porque la escuela es de todos...NO DESISTAMOS”

L. Dante Gorena V.

“Consummatum est”.

De repente, estando casi al filo de la muerte, el jesuita español se daba cuenta que no había vivido en vano. Después de cuarenta y ocho años y algunas supervivencias en su vida pedestre, por fin ahora, en medio de una larga agonía, podía encontrarse cara a cara con esa pérfida huesuda que antes se había cargado también a sus compañeros de lucha, todos esos dirigentes sociales y universitarios, lo mismo que a valientes ciudadanos de a pie. Entonces, por qué no habría de hacerlo también con un cura que, en vez de estar en el púlpito echándole muela a sus feligreses, había preferido apuntar su pluma periodística contra esa plaga de milicos que se había hecho del poder palaciego a punta de plomo y con su paso castrense sobre un empedrado de calaveras, lo mismo que lo estaban haciendo también otros camaradas suyos en casi todo el Cono Sur.

Por un agónico instante, sintió atravesado en el alma los alfileres del recuerdo. El rostro austero de sus padres y hermanos, poco después de la guerra civil española, cobran entonces una extraña significación en esta hora melancólica del trasnoche; años después, el indómito nevado del Illimani y un silbido gélido de los inviernos paceños dándole la bienvenida, con todo y sotanas, aquel día en que plantó sus pasos de catalán bonachón en esta apartada hoyada andina. Desde entonces, fue como una luz que recorría los barrios donde se podía oler la necesidad de la gente. Un sentimiento de liberación, como un escalofrío febril por todo su menudo cuerpo, comenzó a treparle de a poco. Se puede ver desnudo, finalmente. Ve también sus pocas pertenencias —un libro viejuco que había comenzado a leer y que no era precisamente “El manifiesto comunista”, de Marx; su clériman, la camisa negra, la chaqueta de cuero, los pantalones de mezclilla y un par de tenis— apiladas y ardiendo pico arriba, con su penacho de humo, mortecino y negro, muy por encima del odio hereje y supino de sus asesinos. Esas falsas acusaciones —“que, si había sido un anarquista, un falso cura, un terrorista, un comunista de mierda”, y muchas etiquetas más— eran a todas luces una historieta de inventos perfectamente articulados por la maldad congénita de un régimen golpista y de facto.

Recibiendo los santos óleos de aquella fría madrugada de otoño, ahora que apuntaba el final, el padre Lucho es apenas una hilacha sanguinolenta sobre el piso, amarrado a su

propio miedo, desnudo y trepidante —como un ángel caído—, que observa desde el fondo de su único ojo sano y semicerrado por la golpiza, la sombra matrera de tres lumpen. Que son los mismos que, armados y encapuchados —además escondidos en una vagoneta del Ministerio de Gobierno—, lo habían secuestrado por la noche en una calle transitada por pocas almas. Quizás él no tuvo conciencia de aquello tan perverso y siniestro que se le aproximaba. Ahora estos, haciendo una pausa en su sangrienta faena, conversan y ríen, con la voz rasposa, honda, de fondo negro; y fuman apaciblemente en el umbral del pestilente cuarto de tortura. Rezumando espesas gotas de sudor debajo sus gorras zapatistas, con su abrigado empaque habitual de agentes mercenarios. Sobrevivientes de toda esa fauna política de antaño; pero también vividores, por continuar flotando en las aguas nauseabundas de una vida furtiva.

Pero, ¿cuál fue el pecado que cometió el jesuita? —aparte, claro, de su constante denuncia sobre las violaciones a los derechos humanos y esa tozuda participación en una huelga de hambre, entre grupos de mineros y universitarios, que terminó provocando la salida del régimen militar anterior—. Pues, nada que se haya podido comprobar. Quizá fue su pasión por el cine, o su labor periodística, siempre franca, que se convirtieron en detonante para ser considerado una piedra punzante en las botas de la dictadura castrense.

En un mundo de hojarascas y nieblas, el hombre con derecho a la existencia también se adiestra como un gato salvaje. Pero él sabe que, llegado el fatal momento, puede también ser una presa, difícil, pero presa al fin. Lo sabe, intuye que en cualquier momento irán a dispararle el tiro de gracia. Una resignación extrahumana, mística, ablanda su espíritu y le hace entibiar esas lágrimas infectadas por moretones y coágulos de sangre. Ciertamente, el peso real de esta vida que está por marcharse, con toda su riqueza espiritual y su enorme estatura moral, quedará después como una bandera de lucha, indeleble en el tiempo. Aun cuando, luego de consumirse el último cigarrillo en la jeta de los tres esbirros, retumben en el hueco de la noche un rosario de balas...

El viento altiplánico es particularmente irritante, errático, y las lunas son grandes, grávidas, como al alcance de la mano. Algo que también sucede con las estrellas, en un cielo enlutado y triste. Desde aquí, en esta inmensa hoyada paceña, seguiremos buscando a los

culpables, entre la niebla y tanta confusión y el rugido de los años que pasan. Imaginando de cuál estrella nos está viendo el padre Lucho. **FIN**

Raúl Alberto Carcaño Loeza

TRES GOLPES EN LA PUERTA

Creo que Nadia miente, pensó Claudio, al decirme que será sólo un viaje de aventureros, ahora temo que los propósitos sean otros que van más allá de la simple aventura, pero ¿cuáles? También hay que considerar que si esa ciudad a la que iremos en verdad no existe como parece, seguramente me llevará a otro sitio, pero ¿a dónde y con qué intenciones? ¿O...será que ese lugar en realidad existe?

—Es que amo la literatura de terror, Claudio, y también la pintura surrealista. No tengo pintor favorito, pero sí escritores preferidos, sobre todo Howard Lovecraft con sus historias de suspenso tenebroso y seres maléficos acechando en ambientes tétricos— dijo Nadia.

Claudio la miró sin saber qué decir. Todo lo que ya sabía de la obra de aquel autor oscuro ella se lo había contado con ese detalle y precisión con que se habla de lo que se cree y encanta.

La conoció en una noche de esas en que su depresión lo golpeaba sin piedad. Aún no superaba la muerte de su novia luego de cinco años de relación y días antes había perdido su trabajo a consecuencia de algo que siempre le pareció injusto. Aquella noche veraniega de sábado sentía que le era imposible reconectarse al deseo de vivir y sí al de matarse. Fue al bar de siempre buscando en esa atmósfera liberal un poco de distracción. Mientras bebía y miraba sin interés a las chicas que sobre el escenario bailaban y cantaban, ella se sentó a su lado en la barra, la vio de reojo y con disimulo secó las lágrimas que humedecían su mirada. Ordenó otra copa.

—¿No me invitas a un trago? — preguntó ella con coquetería.

Claudio entonces la miró. Tenía el cabello cobrizo, ondulado; grandes ojos castaños y una boca de labios carnosos que por momentos humedecía sensualmente con la lengua.

— ¡Claro! Por supuesto. ¿Qué tomas?

— Lo mismo que tú.

Aquel fue el inicio de una charla amena, Claudio se presentó y habló un poco acerca de él, pero ella se mostró muy sobria en la plática y sólo le dijo que la llamara Nadia. Luego de tomarse dos tragos con él, se fue, pero quedaron en verse ahí cada sábado a la misma hora. Después de algunas

entrevistas, supo que Nadia no tenía la personalidad básica y trivial de otras mujeres que había conocido.

—Mi mundo—le explicó ella en otro encuentro— es un lugar más viejo que la Baja Mesopotamia, donde aprendes a vivir sin pretender explicarte la realidad y los orígenes; donde abundan los enigmas y quienes mandan no se parecen a nosotros. Es un sitio donde se muere cuando así se requiere, donde hay tormentas de arena y el viento nocturno es frío...

A Claudio le emocionó escuchar aquellas descripciones sombrías que le despertaban la imaginación. *Vivir en un lugar así*, pensaba, *debe ser una gran experiencia*. Si bien, no le creyó, pero no quiso incurrir en aclaraciones. Estaba seguro que un sitio como ése no podía existir tal cual, y por tanto consideró que aquellas descripciones de Nadia eran meramente figurativas, producto de su lectura constante de los textos de Lovecraft.

Nadia tenía la piel clara, su presencia lo provocaba, su misterio lo atraía. Pronto se acostumbró a esos ratos de silencio y de mirada ausente en que Nadia solía sumergirse. Adoraba su voz de locutora, su porte altivo con esa ropa color arena como de exploradora. Muchas veces, cuando estaban juntos, no podía evitar quedarse abstraído, mirando los ojos de ella hasta perderse en sus pupilas castañas, profundas como túneles a los que le era fácil entrar, pero difícil salir porque lo hipnotizaban y retenían a un mismo tiempo.

—Te he deseado tanto— le dijo Claudio aquella noche en la penumbra de una habitación cuando, después de escuchar textos de Lovecraft y beber varias copas que no supo de qué, por fin vio desnudo el cuerpo de Nadia. Sobre su ombligo, y contrastando con su piel, observó un tatuaje oscuro que representaba a un ente bípedo con cuernos y apariencia de reptil, la cabeza deforme y ciertos rasgos humanos en las extremidades. El tatuaje se extendía desde arriba del ombligo hasta llegar casi a la altura de los pechos de Nadia. Ese detalle lejos de sorprenderlo le pareció algo diferente, original, uno más de los enigmas de Nadia. Por unos segundos tuvo intención de preguntarle acerca de esa figura, pero los senos grandes y firmes de ella, y su triángulo colmado de vello le ofuscaron el entendimiento. Y la tocó y la besó con pasión frenética, mientras Nadia lo envolvía con ese cuerpo que lo alejaba de la realidad y le hacía olvidar sus desgracias.

Luego de aquel encuentro, permanecieron callados hasta que Nadia dijo:

—En pocos días tendré que irme. ¿Quieres venir conmigo?

Sin pensarlo, Claudio la abrazó y le dio un sí rotundo.

—Aquí ya nada me retiene. ¿A dónde quieres que vayamos?

—Iremos a un lugar muy antiguo en Arabia, más antiguo, dicen, que Babilonia, es un sitio entre la arena, con edificios y fachadas que te recordarán viejas culturas...

—¿Eres arqueóloga o algo parecido? Porque todo lo que acabas de explicar parece hacer referencia a una ciudad en ruinas.

—Sí, trabajo en eso. Pero me he referido sólo al exterior del sitio, lo que importa es lo que está adentro, allí hay cosas inimaginables que quiero que conozcas y vivas conmigo.

— ¿Y cómo se llama ese lugar? ¿Estaremos mucho tiempo por allá?

—Hasta donde sé, es una ciudad a la que todavía no le han dado nombre. Y en cuanto a quedarnos, eso lo decidiremos los dos cuando estemos ahí. Partiremos en tres días, el viernes. Yo conseguiré los boletos para el viaje. Verás que viviremos una gran aventura en este viaje. Pasaré por ti a las 7 de la noche, daré tres golpes en tu puerta para que sepas que soy yo. Ten listo todo.

Al día siguiente, luego de buscar su pasaporte y reunir sus ahorros, Claudio se sintió intrigado, preguntándose qué lugar sería aquel. Por la noche, buscó en internet “ciudad árabe antigua sin nombre”, una de las opciones de búsqueda con este título fue el cuento de H.P. Lovecraft “La ciudad sin nombre”, el corazón le dio un vuelco, no recordaba que ella le hubiera hablado de ese relato, entró en esa página y bajó el PDF del texto. Conforme lo leía, se fue dando cuenta que aquel ambiente con el que Nadia le había descrito su mundo no era tan metafórico como pensó, y que lo que había dicho de esa ciudad antigua, su ubicación, sus características, su tatuaje sobre el ombligo, todo se asemejaba mucho a lo mencionado en el cuento.

El día del viaje seguía desconcertado y trató de indagar más. El miedo lo invadió al leer los comentarios de varios analistas del cuento que decían que aquella ciudad habría sido un lugar aterrador habitado por criaturas de aspecto atemorizante y que quizá no fue fundada por humanos, sino por seres de otros mundos a los cuales los pueblos de ese tiempo veneraban y servían. Se preguntó entonces quién sería esa mujer que afirmaba provenir de una ciudad como ésa, que existía al parecer sólo en la literatura. Luego se le ocurrió que a lo mejor Nadia lo estaba engañando al decirle que sólo irían en plan de aventura a ese lugar, y los motivos reales del viaje se los estaba ocultando. *Y si esa ciudad no existe como parece, pensó, indudablemente me llevará a otro sitio, pero ¿a dónde y para qué? ¿O...será que esa ciudad sí existe y ese autor se inspiró en ella?* Mientras se debatía en esas cavilaciones y cuestionamientos, escuchó a alguien tocar tres veces a su puerta...

Paola Andreyana Herrera

LA HADITA Y LA AVECITA

Despertó una hadita de las flores azules

Bostezó y se estiró como lo hace el gato

Sacudió sus alitas su polvito colorido

Y una avecita estornudó por el polvito

La hadita se acercó con una caricia se disculpó

Ambas amiguitas volaban por el bosque

Encontraron a un ciervo herido

Intentó un hombre con saña cazarlo

Huyó herido hasta que ya no pudo

El cansancio por la herida y el miedo

Lo dejaron temblando en un rincón.

El ave trajo hojitas para cubrir la herida

Y la hadita cuidó al hermoso ciervo

Hasta que pasaron días para sanación

Lo vieron correr con libertad en su bosque

Un conejito lloraba de dolor por una trampa

El ave llevó un palito en su piquito

Y la hadita palanqueó para sacar la patita

Los lagrimones del conejito formaron un charquito

Donde los sapitos nadaban y se tiraban de panza
Y las gotitas de sangre pintó a las florecitas blancas
Pobre conejito, tardó en sanar su patita.
La hadita estaba triste por sus amiguitos del bosque
Furiosa porque el cazador no tenía corazón
Con la ayuda de su amiguita la avecilla
Hicieron un plan sin dulces ni salados.
Cerca de su choza dejaron la trampilla
Y la escopeta descompuesta en la mesa.
El cazador mira una banda de aves pasan volando
En esa distracción su pie quedó atrapado
Gritaba auxilio, pero nadie escuchaba
Se arrastraba herido hasta su casa
Miró al ciervo entrar a su choza
Quiso disparar, pero estaba atorado el gatillo
Gritaba y el ciervo miraba fijamente a los ojos
Esa mirada de la inocencia y la dulzura
Calmó al cazador, ya no se sentía solo
Miró su herida cicatrizada y supo de su error
Se sintió culpable de aquel noble animal
De repente un conejo se apareció

Con una zanahoria para este cazador

Desde ese día el cazador sintió latir su corazón

Ya no estaba solo y amargado, tenía amiguitos.

FESTIN

Me fue impuesto un presagio en los ojos

Y una historia en la piel

Ya no vendrán los ángeles a compartir mi mesa

Ni augurare el futuro que el cielo me inventa

La mañana pálida se beberá el rocío

Mieles ajenas hastiaran los fríos

Cuando el odio carcoma mi último suplicio

Me hallaré en delirios de dama sin canas

Escucharé los pasos que no transité

Y con fuerza viva procrastinaré

El llamado devoto a muertes profanas

El furtivo triunfo de alguna ilusión

Pintará las ruinas, girará el timón

Y la muchedumbre que invoca exclusión

Alabara el camino, cantará a pulmón

Desearé el rincón de la otra orilla

Para borrar con lágrimas la perpetuidad del fin

El callado muro que se desbarata

El íntimo abrigo teñido de carmín

La voz que resuella en el pantano crudo

El aliento que esgrime su postrer festín

Eunice Martínez

Fundadora de Sueños

El insomnio fue vencido

Una revolución de sueños tomando su lugar

Como volcán que va a estallar.

Sueños en donde el mundo es mejor

La justicia cazando la injusticia

Como el lobo que da caza a su presa.

Azabache, marfil

Todos somos iguales.

El amor disipando el odio

Como espuma que desaparece.

Sueños en donde nadie es superior

Donde las lágrimas dejan de ser fuentes

Y se convierten en pequeños charcos.

Sueños en donde hay ideas

Y no solo corrientes de masas

Siguiendo ideas de otros

Repitiendo como loros

Y no encontrando en ellos su eco.

Conflagraciones difuminándose

La paz izando su bandera.

La traición encarcelada,

La lealtad liberada;

Ha hecho su hogar en cada corazón.

¡Oh! ¡Que no solo sea una ilusión!

Que la realidad no mate este sueño grandioso,

Que como las hormigas construyen

Sea construido,

Y que se haga palpable en cada corazón...

Lentamente y paso a paso.

Margarita Galván

ESPEJO

Dice la primera ley del espejo: “Todo lo que me molesta, irrita, enoja o quiero cambiar dentro del otro, está dentro de mí”.

Quisiera cambiar de ti, mujer, lo que me molesta. Me molesta que seas sumisa, que seas dependiente, que pospongas tus sueños para cumplir los sueños de otros.

Me irrita, que tengas expectativas sobre mí, porque, ¿Sabes? Yo no puedo cumplir tus expectativas.

Me enoja que seas emocional, tu llanto cuando hablas, tu drama cuando no entiendes las cosas que suceden a tu alrededor.

Quisiera que cambiaras...

Quisiera que fueras dependiente, fuerte, valiente, osada.

Desearía que tuvieras sueños propios. Que amaras amar, leer, reír, bailar...

Ojalá supieras amar sin aprisionar, que amaras sin condiciones, que amaras solo porque sí, sin promesas de amor eterno ni compromisos permanentes.

La segunda ley de espejo, dice; “Todo lo que me critica, combate o juzga el otro, si me molesta o hiere, está reprimido en mí”.

Tú, me criticas... Por qué no soy como tú.

Por qué no necesito un hombre a mi lado para sentirme señora.

Combates mi manera de pensar, con lágrimas, chantajes y lamentos.

Juzgas mi actuar, mi pensar, mi libertad.

Te hiere mi libertad, mi ir, mi venir, la capacidad que tengo de amanecer un día en una ciudad y anochecer en otro lugar muy distante.

Me molesta, que no respetes mi manera de vivir.

Que creas, que soy una niña que aún necesita de tu mano para caminar.

Que quieras que viva atada a los roles de la sociedad y a los convencionalismos e ideas tuyas.

Me hiere tu falta de comprensión en los momentos en que pedía un consejo o necesitaba un hombro para llorar.

La tercera ley del espejo, dice: “Todo lo que el otro me critica, juzga o quiere cambiar de mí, sin que a mí me afecte le pertenece a ella”.

Tú critica a la falta de un hombre a mi lado, me fortalece, no necesito demostrar mi valor de mujer y permanecer con alguien por complacer a los demás.

Tus lágrimas, chantajes y lamentos, cuando algo no sale como te gustaría... solo crearon una resistencia, una coraza de fortaleza en mí.

Juzgas mi libertad, que es lo más valioso que tengo y que mucho esfuerzo me ha costado permanecer en soltería porque aprecio mi individualidad.

Ya no soy una niña... sin embargo, te necesito a mi lado para que me tomes de la mano y me digas, que todo va a estar bien, que todo pasará. Que los tiempos malos vienen para enseñarnos cosas y no para quedarse.

No quiero vivir atada a los roles, convencionalismos, ideas y moldes de una sociedad machista, misógina.

Te entrego con amor tus ideas y con gratitud acepto todo el amor que das.

La cuarta ley del espejo, dice: “Todo lo que me gusta del otro, lo que amo en él, también está en mí, así, reconozco mi cualidades en mí”.

Me gusta... de ti. Tu empeño, la dedicación a tus hijos.

La fidelidad a tu esposo y la lealtad con tus amigos.

Tu amor para las personas y tu compasión por los animales.

Reconozco que tu mayor debilidad, que son tus seres queridos, también fue tu fortaleza.

En algún momento de mi vida, envidié tu mirada dulce y transparente, esa que el tiempo y la enfermedad te robo.

Tu sonrisa discreta, ahora reflejada en dientes que no son naturales.

Admiro la fuerza de tus manos, que me transmitían paz en mi enfermedad.

Extraños tus abrazos, esos que ya no me das.

PD.- Con amor, cariño y admiración a mi más grande espejo. Mi madre.

José Ángel Ruíz García

Pasos en la arena

Estoy condenada al caminar en el desierto. Las dudas asaltan mi sensatez, mi primera pregunta la dirigí a ese todo que ya no está más y de cuyo rastro que me fue dado es la sensación de haberlo tenido. Sin desearlo, las preguntas prosiguieron: ¿cómo llegué aquí? ¿Toda esta nubosidad mental siempre estuvo conmigo? ¿Si no fuera por ella sabría que soy? No obtuve nada. Debo asumir que mi existencia es la vagancia. ¿Cómo fue? ¿Cómo fui? ¿Llegaré a responderme estas preguntas? Desperté con pasos predestinados ¿Debería continuar el sendero que me fue trazado? ¿Qué pasa si ya había perdido mi objetivo para entonces? Estoy perdida. No hay a quién pedirle ayuda, ni siquiera a mí misma.

Cuando tu ser fue absorbido por lo desconocido ya no te queda nada. Conocer mi alrededor me dirá el lugar donde seré sepultada; es natural que prefiera no hacerlo. Mis pasos no me detallan nada de mí por venir, ¿alguna vez lo hicieron? Ya no importa. Los seguiré. No, no puedo. Mis ojos me revelan el paisaje en un intento de despojarme de esta sensación de total enajenación y vulnerabilidad.

Veo la blancura del petrificado momento del último suspiro, pero se inhibía con el tono imperante del mar que le sobrevuela. Era una falsedad creada por mi sed de lo familiar. Parece que alguna conocí el mar. La verdad es que cualquier océano retrocedería el ejercito del oleaje ante el faro dador de vida que se alza arrogante en medio de él. Aún no lo sé todo pues ningún panorama está completo si no miro atrás.

Los vi, a todos cuanto mis acuosos ojos pudieron mostrarme. Su formación era casi perfecta, una exacta discordancia al horizonte. Me siguen como fervorosos creyentes a su deidad de quien esperan beber su dadiba, las analogías nunca se atreven a alejarse de la realidad y la prueba yacía en las heridas que ostentaban mis tobillos.

Habían pasados inadvertidos hasta ahora, y entonces mi existencia se perdió entre la de todos ellos. Mis ojos fueron lo primero que reclamaron. En la medida de lo posible y retrocediendo de su poderosa marcha los examiné a detalle, ya que esa línea era más que una sucesión infinita de puntos negros y a ratos rojos. Eran mucho más. Lo veía en su armadura quitinosa de tres segmentos, sus patas velludas que me acosaban, sus antenas que

se alineaban con mi esencia, los chasquidos de sus mandíbulas ansiosas de reclamarme partes mías y en sus millones de ojos puestos en sincronía con los ya eludidos. Estudiarlas aumento mi fascinación, me sentí tentada de desobedecer a mi cuerpo.

Somos de morfologías lejanas, por tanto mi empatía hacia ellos era bastante escasa. Nuestros deseos reñían entre ellos: yo quería sobrevivir y ellos también, para ello demandaban mi carne para continuar su marcha intempestiva. No existe ningún debate moral; son dos especies que desean vivir un día más, no hay mayor racionalidad, es decir, sin malicia. Sin importar con que fuerza me destacen en fragmentos minúsculos, cuanto sufra cuando sus legiones recorran mis interiores, cuanto se bañen con mi sangre, cuanto grite, cuanto de mí quede antes de que mi corazón ya no tengo a donde más bombear, no hay malicia en todo esto, solo son especies obedeciendo a sus mutuos instintos.

No es algo sencillo, lo sé bien... De alguna manera lo sé bien. Cuando estamos en un medio tan hostil toda decisión se balancea entre morir o vivir hasta nuestra siguiente decisión. El desierto no nos liberará de esa frialdad, así que ruego para permanezca detrás, donde todos mis órganos sensoriales les sea mucho más sencillo ignorarla y no verla a mi lado para recordarme que es mi única compañera a la que estoy destinada. Mi mayor terror es verla posarse frente a mi camino para anunciarme que llegué al abrazo pactado desde que comencé a caminar.

Este fue mi pensamiento con mayor solidez. Debí estar habituada a la compañía de las moscas, ¿por qué? ¿Acaso busqué tantas veces el calor que brindas las lapidas? También recuerdo la sensación de abandono y de ya no pertenecer más al mundo. Me asusta mi indiferencia ante mi tragedia.

Quiero la respuesta, sin importar cual sea su naturaleza, necesito saber lo que fui. Deseo liberarme de mi melancolía hacia ningún sitio. Espero que mi suplica no enfade a la deidad que me protegió hasta este paso. ¿Tengo el suficiente tiempo para comprenderme?

No puedo abstraerme por mucho tiempo, ellos lo aprovecharían, está en su instinto. Los conozco, conviví con ellos. Mis heridas serán recuerdo el día que desvanezcas, hasta entonces será mi flagelante presente.

Estoy en una colección, en uno de esos almacenes creados para lo zoología. No puedo navegar en el contexto de este recuerdo, veo es lo que me fue permitido, camino con

alguien, lo escucho, pero mi mirada está concentrada en las cajas entomológicas que están postradas en el escritorio. Estaba fascinada.

—¿Y crees que algún día nosotros...? —Era ajena al sentimiento que reflejaba mi voz.

—Quizás yo no, pero tú... Tú estás hecha para esto —lo escuché.

Mis ojos dieron un vuelco, se depositaron en él. Muy en el fondo tenía la esperanza de ver un rostro que me trajera de vuelta a mi vida, porque esa persona tal vez lo fuera todo para mí. No fue así. Era un gesto oscuro, un rostro vacío, una superficie carnosa que sugería la nada. No sabía qué sentir, quizás tristeza, impotencia, una mayor confusión. Esa persona podría no ser trascendental, puede que ya no lo fuera, incluso podría ser el culpable de mi ejecución en proceso. Infinidad de escenarios para tal brevedad. Siendo sincera lo agradezco: haber escuchado mi voz con un entusiasmo que ya nunca experimentaré y saber que al menos en algún momento intimé con alguien me llena de un pútrido gozo.

Mi recuerdo se vuela una esquirla de hielo. Es bella, claro que lo que es; sin embargo, mi natural deseo de tomarlo se ve frenado por la fragilidad que transparenta. Si la tomo sería para despedirme de ella. La veré a la distancia, allí depositada en el suelo se evapora ante el sofoco.

Debe haber algo más, no puede ser todo. Mi vida debió ser más que eso. En realidad, no me interesa, lo mejor es que me centre en seguir adelante. Sé lo que es mirar atrás. El dolor ansía apoderarse de mí y por eso estoy obsesionada con mi pasado. Espero que sea la primera vez en mi vida. No soportaría saber que todas mis acciones fueran en dirección a un momento que nunca alcanzaré. Me devoraría de una manera más sanguinaria que ellos. Prefiero pensar en otra cosa.

Pero la vida no complace deseos, no obedece ninguna ley más allá de las físicas y químicas, debí prever que me atormentaría hasta la agonía. Un fragmento más me fue entregado, una pieza más de un conjunto indeterminado que me fue arrebatado y del cual solo se me dan miserias.

Veo un café. Estoy en un establecimiento. Frente a mí el mismo sujeto borrado.

—¿Estás seguro de esto? —al parecer dije—. Es un cambio muy grande.

—Para los dos —repuso—, recuerda que a quien le ofrecieron el trabajo fue a ti.

—Yo...

Una llamada interrumpió el momento, él se fue junto con la mano que hasta ese instante descubrí que sostenía la mía. La mía regresó y me mostró un papel que extrajo de mi bolso, alcancé a ver las lágrimas que le cayeron antes que regresara a su escondite. Mi rostro fue limpiado justo antes de que él me observara.

—Oye, ¿cómo está? —Creo haber preguntado.

—Se recupera. Los médicos todavía consideran que sigue en riesgo, pero evoluciona bien.

—No tienes que venir conmigo. Mejor quédate aquí hasta que tu madre esté mejor.

—La mano se reunió con la suya y de ello se alzó un anillo de resplandor ligero—. Además, Laura lo puede aprovechar para despedirse de sus amigas.

—Sabes lo mal que lo pasa con las despedidas —besó esa mano.

—Eso lo heredó de ti.

No hay más. Porque ya no quiero saber más. La felicidad me ingiere, me conduce a un infierno peor que el de una multitud de mordeduras o el calor asesino. La mente nos otorga un dolor que ningún otro órgano es capaz de segregar, uno que con facilidad derrumba la voluntad del alma.

Sé más de mí así que sé más de lo que perderé, ¿cómo podría agradecer esto? Ningún humano lo haría. Añoro el sentimiento de desconocerme cuando era una recién renacida. Si me hubiera mantenido firme en mi anhelo de rechazar mi pasado no tendría nada de que lamentarme, ¿cuántos no quisieran despedirse con esa tranquilidad?

Guardo la esperanza de que no tardaré en olvidarlo todo de nuevo, de no ser más que otra muda de una persona que nunca es la misma y que prefiere la autodestrucción a la aniquilación total. Pido que mi destino concluya con una repentina inexistencia, sin recuerdos, ni deseos, ni miedo; no quiero ser más que la nada. Es un deseo natural, sin raciocinio.

Todos queremos una muerte sin dolor; sin embargo, pocos estamos dispuestos a pagar el costo. De hecho, creo que nadie lo haría si no lo obligara la hostilidad de la vida. Debe existir una razón superior de que sean así las cosas, me gustaría creer que la hay, de lo contrario me sentiría insegura, inestable, abandonada.

No, no puedo mostrar vulnerabilidad alguna, ellos lo aprovecharían para hacerse conmigo. Resistiré cuanto me sea posible a pesar de que no tenga una verdadera razón para hacerlo, me avergüenza un poco este instinto de supervivencia.

No permaneceré por mucho, el atardecer está por claudicar. Aquel dios se marcha furioso por no haber reclamado mi vida, lo que más le hiere es que sea su hermana quien la obtendrá sin el mayor esfuerzo. Mientras lo pienso el incendio se extingue, da paso a la frescura y el humo, no tardará en aparecer la ventisca invisible.

La luna es deslumbrante y se alza sabiéndolo, su porte obliga a retroceder a todos sus indignos seguidores impuros y pequeños pese a su grandeza natural. Mis ojos se alinean con el suyo, pronto se percata de mi guerra perdida contra los insectos y no se resistió a ser participe, su aliento fue intenso, duradero y petrificante. ¿Con qué fin lo hace? Lo desconozco; ya no me queda más energía para estas averiguaciones.

Lentamente soy consciente del deterioro de mis músculos y mis huesos, de lo imposible que me es dar más allá de 10 pasos. Quiero sentir cada uno de ellos y el peso que arrastran. 10: abandono mi equipo de trabajo. 9: tomo un vuelo sola. 8: ya no hay nada que hacer. 7: visito al oncólogo. 6: tengo una familia. 5: obtengo mi maestría en mirmecología. 4: me fascina su hábitat. 3: me enamoro de las hormigas del desierto. 2: porque él me mostró que ellas cazan y carroñan. 1: lo conozco.

Lo siguiente ya no fueron pasos sino un humillante arrastre. A los pocos metros encuentro todas mis herramientas, pero ya era demasiado tarde: me tenían rodeada. Cerré mis ojos y me pregunté cuándo darían comienzo.

Fin.

Luis Gilberto Torres Bustillos

Sofía chica

1.

–¿Dónde compadre?

–¿Extraños? ¿Qué quieres decir con eso?

–Sí, claro

–Yo te hablo, adiós y gracias otra vez. Cuelga el auricular

–Están en la Terminal del Norte, los encontró Chucho tratando de vender el reloj de Ismael, para comprar unos boletos.

–¡Gracias a Dios!

–Tú espérame aquí, voy por ellos. Ojala los alcance todavía.

2.

Ultimarte todo ha salido mal. Bueno, hace mucho tiempo que vivimos de problema en problema: desde que mi padre se divorció de mamá y dejamos de verla mucho tiempo. Después nos reclamó a Ismael y a mí. Hubo gran pleito y papá ganó, tuvimos que venirnos a vivir con él y Sofía, su nueva esposa. Ella ya tenía dos hijas, Sofía chica y Maite, al año nació Erick, el único hijo de ambos. Ahora tiene siete años y un chorro de operaciones, pobrecito, ha tenido todos los males habidos y por haber: lo operaron de chiquito del apéndice, después vino creo que la vesícula a los cinco años tuvo un problema en el intestino y tuvieron que operarlo de nuevo. Tiene el estómago lleno de cicatrices y en la escuela se luce mostrándolo. Se levanta la playera para que admiren su panza de pergamino. Sofía chica tiene 17 años, es igualita a su mamá: delgada con una cara así media larga, pelo y pestañas abundantes. Maite tiene 13 es un poco gordita, siempre usa pelo corto con fleco porque desde chica tiene la mala costumbre de arrancarse las cejas por nervios. No tiene ni una y si se levanta el copete se ve rara, no sé, ¡asusta!

Al principio nos llevábamos más o menos todos bien entre todos. Creo que desde que nació Erick empezaron los problemas. Ismael pelea mucho con Sofía chica y Maite. No las baja de sangronas y consentidas. A Erick no le hace caso, todo es motivo de pleito, dice que Sofía nos da de comer puras porquerías, que no nos tratan igual a todos y que solo le hacen caso a Erick por sus constantes problemas de salud. Sofía y papá también se pelean seguido por varias cosas. Sofía chica y Maite ven a su papá cada semana, viene por ellas temprano los sábados y las regresa tarde. Bueno, así hará hace algunos meses que no viene porque anda de viaje algo así. En cambio nosotros casi no vemos a mamá, desde que ellos se separaron ella se ha dedicado a escribir, algo que siempre quiso hacer, además cada vez que nos llevaba papá a verla había bronca. Mamá no se ha casado pero siempre está muy ocupada, creo que a Ismael eso le ha dolido mucho porque el siempre la quiso mucho, no es que yo no la quiera, pero siempre fui más apagado a mi papa y eso que soy el más chico: Ismael tiene 18 y yo 14 años.

Sofía no es mala, lo que pasa es que siempre defiende a las hijas como es natural. Yo me llevo bien con ellas pero Ismael no. Con él todo es problema, debería estar terminando la prepa, pero apenas va en primero porque reprobó dos veces en

secundaria, llega tarde por las noches, a veces ni llega a dormir. Cuando sale a una fiesta o se va por ahí con sus amigos, no falta que llegue tomado. Papá lo ha regañado, ha hablado con él, pero no entiende. No, pero ahora ¡sí que se lució! Hace unos meses empezó a cambiar su comportamiento con Sofía chica. Le comenzó a hablar mejor y hasta es amable con ella. De repente nos sorprendió a todos cuando descubrimos que pasa por ella a la academia donde estudia para secretaria. Hasta mi padre le preguntó que porqué cambio, el le contestó que nada más. Sofía estaba contenta de que se empezaran a llevar bien.

Digo estaba, porque ayer dejó de estarlo, pusieron la casa de cabeza, Ismael ya ni la riega, yo no sé cómo fuè, pero el caso es que pasó por ella a la academia y dan las ocho y las nueve y hasta como las doce de la noche y no llegan. Mi papá se enojó, pero Sofía comenzó a preocuparse mucho. Se fuè a su cuarto a buscar la libretita donde tiene apuntados los teléfonos de sus amigas, para averiguar dónde estaba y se llevó una sorpresa cuando se dio cuenta de que en el cajón faltaba ropa y cosas de Sofía chica, siguió buscando y no estaba su maleta roja, la de lona. Sofía se asustó mucho y le avisó a mi papá, buscaron en nuestro cuarto y lo mismo: falta ropa de Ismael y la mochila de acampar. ¿A dónde se habrán ido? Yo ni me había dado cuenta de nada, con razón Ismael andaba tan buena onda con ella. Llamaron a la policía para y a Locatel para que la busquen. Papá nos dijo a Maite y a mí: váyanse a acostar, mañana es día de escuela. Ellos seguirán tratando de encontrarlos.

Cuando destiendo mi cama me encuentro el papel. Estaba sobre mi almohada:

José Arturo: Dile mi papá que me voy con Sofía a donde no nos encuentren nunca.
Nos queremos y ya no aguantamos más vivir allí,
Ismael

Lo que más me dolió fue donde dice, “nos queremos”...Yo sé que no es cierto, Sofía no puede quererlo y él tampoco a ella, que siempre la odió por ser hija de Sofía. Le di el papel a mi papá, Sofía se puso a llorar, papá solo dijo:

–Ya mañana los hallaremos, vete a dormir hijo.

No podía conseguir dormir, prendí dos veces la lámpara para leer el papel, no puede ser, Sofía no puede quererlo, Ismael es malo. ¿Qué pretende llevándose a Sofía? Solo quiere hacer enojar a papá y hacer sufrir a Sofía mamá. Si ya de por sí ellos se pelean mucho por cosas de dinero o porque a veces mi papa llega muy tomado a la casa, ahora la situación va a empeorar si no aparecen. Pasó todo el día rapidísimo y ni señas de ellos. Buscaron en todos los sitios posibles y no están. Ya es casi de noche y no tenemos noticias, papá no fuè a trabajar, todos andan de malas. Maite peleó con Erick por un programa de la TV, Sofía trae los nervios de punta y hasta la vi llorar sola en su cuarto. Como a las ocho de la noche le llamaron a mi papa. Era su compadre Chucho, venía de Coahuila y se encontró de casualidad a Ismael y a Sofía en la estación. Ellos no lo vieron pero a él se le hizo raro verlos juntos tratando de vender un reloj, por eso le llamó a mi papá, el salió corriendo a la terminal los niños están en casa de unos vecinos y Sofía y yo nos quedamos esperando.

3.

Todo ha salido mal, ayer decidimos dormir en Mexico para salir temprano a Durango. Buscamos un hotel cerca de la terminal. Me puse muy nervioso al pedir el cuarto, no sé si el señor del hotel se dio cuenta, dijimos que éramos casados y pedimos una cama matrimonial. Al entrar al cuarto, le di un beso a Sofía, pero al tratar de abrazarla me rehuyó y empezó a jerimiquear. Entre más preguntaba ¿Qué te pasa? Más lloraba, se sentó en la cama y siguió. Le pregunté que si estaba arrepentida de haberse venido conmigo, a lo que ella contestó moviendo la cabeza negativamente. No hablamos mas, pasado un buen rato y sin darnos cuenta nos quedamos dormidos sobre la colcha, quién sabe a qué hora.

A media noche me desperté y la sentí muy cerca de mí, empecé a tocarle el cabello, es tan bonita. Lo único malo es que se parece tanto a su madre que me la recuerda. Ella dormía, empecé a recorrerle el cuerpo primero con un solo dedo, después con toda la mano, pero muy suavemente. Su cuerpo ya no es el de una niña como la conocí, ya es una mujer, seguí acariciándola y ella durmiendo. Tuve miedo de seguir, me desvestí y me metí bajo las cobijas, traté de dormir y casi no pude. Todo el tiempo estuve pensando, imaginándome como sería nuestra vida una vez que llegáramos a Durango. Si Rubén mi amigo nos ayuda, ya la hicimos. Con que me consiga una chambita a mí y tengamos donde quedarnos para empezar, ya es ganancia. Si Sofía consigue trabajo de secretaria pues mejor, así más pronto juntamos dinero para poner un depa. Luego me dormí y tuve esa pesadilla: estaba en el baño de vapor rodeado de gente desnuda y luego viene el chavo de pelo chino, mamadísimo y alto. De repente se me acerca y me besa en la boca ¿Qué onda? ¡Tenemos que irnos pronto!. Ya no soporto a Sofía ni a mi papá, a mamá... a ella si la voy a extrañar. Bueno a ella de casi no la veo, dormí muy mal.

Hoy cuando nos levantamos, ella estaba más tranquila fuimos a desayunar a un Vips y nos cobraron un chorro, luego caminamos mucho y al llegar a la terminal resulta que Sofía había perdido el dinero que quedaba, del que ella ahorro y yo le saqué a papa, no quedó ni un quinto. Nos regresamos buscándolo y cargando las maletas, preguntamos en Vips y nada, revisamos todo el camino y tampoco. Me enojé con ella y le dije de cosas:

–¿Tiraste el dinero a propósito para que no nos fuéramos? No me contesta

–¿Entonces para que aceptaste venir conmigo? Nada más lloriquea

–A ver ahora como le haces para conseguir dinero para irnos, porque por lo menos yo si estoy decidido a largarme de México y no volver a la odiosa de tu mamá, ni a los latosos de los niños, ni al borracho de mi padre.

Se soltó a llorar con más fuerza, solo me miraba incrédula. La gente que pasaba se nos quedaba viendo. La verdad si le estaba gritando bien feo, perdí el control. Le deje las maletas y me alejé caminando sin rumbo. Cuando ya había caminado unas cuerdas me tranquilicé un poco y regresé caminando muy despacio. Allí estaba ella, ya sin llorar, pero triste y desvalida a mitad de la calle.

–Perdóname, le digo.

–Estoy muy nervioso por la situación. Pronto todo será distinto. Nada más salgamos de la ciudad, todo va a estar bien, ¿de acuerdo? Vamos a casarnos en Durango, vamos a ser muy felices.

La abracé y ella se calmo. Me miraba con los ojos húmedos, pero intentando sonreírme. Le hablé por teléfono a Roberto y a Mendizábal para pedirles dinero, por supuesto que lo quería, pero ninguno tenía lana.

Nos fuimos para a terminal y ahí empezamos a tratar de vender mi reloj que vale bastante, me lo trajeron mis papás cuando se fueron a Cancún a celebrar no sé cuantos años de casados. Tardamos mucho tiempo, pero al fin un tipo quiso comprárnoslo, con el dinero apenas alcanzamos a pagar dos boletos a Durango y el camión sale hasta las nueve. Estamos cansados y con mucha hambre. Sofía tiene los ojos como tristes y se queja de que le duelen los pies de tato caminar.

4.

Acaban de llegar, oigo el carro de papá, Sofía corre a abrir la puerta. Ella viene con los ojos hinchados de tanto llorar, Ismael viene encabronadísimo, ¡pinche Ismael! El trae las dos maletas en manos, se queda parado al entrar al departamento en la mera puerta, Sofía chica abraza a su mamá y se suelta llorando nuevamente, quedito. Nadie dice nada. Ismael corre a encerrarse en el cuarto. Sofía chica pasa frente a mí, que la miro en silencio, abrazada de su mamá rumbo a la recámara. Papá está muy molesto, pero más tranquilo, me voy a mi cuarto y le digo a Ismael:

–Pinche Ismael, ¡la que armaste!

–Te vale, tú no te metas.

–No me vale, todos estuvimos muy preocupados por ustedes

–¿Por nosotros? o por Sofía – Sigue acostado sin voltearme a ver siquiera.

–Por los dos.

–No mames, ahora resulta que te preocupo mucho, ¿No será que te mueres por Sofía?

–No. Se levanta y empieza a caminar por el cuarto, ya molesto.

–No te hagas, desde que llegamos aquí has querido mucho a Sofía, se nota.

–No es cierto, digo.

–Por eso estás enojadísimo, porque no puedes aceptar que ella me quiera a mí, por esos se fue conmigo.

–Ella no te quiere, casi le escupo las palabras.

–¿Por qué lo dudas?, me dice burlonamente casi en mi cara.

–Tú eres malo ¿Por qué habría de quererte? Además siempre fuiste muy gacho con ella y Maite.

–Antes, ahora ya no. Entre más la defiendes mas se nota que te trae, pero como eres un escuincle caguengue no te hace caso, por más que quieras a su mamita, a pesar de que tienes madre. Y ni te hará caso, porque me quiere a mí. Me levanto del escritorio y me paro frente a él.

–Maricòn, yo sé lo que hicieron tu y José el de la prepa.

–Cállate, no digas tonterías (ya esta gritando y echa chispas por los ojos).

–Marica, tú no quieres a Sofía, nada más lo haces porque odias a su mamá, tú no quieres a nadie, eres malo.

–Te voy a partir el hocico si vuelves a decir eso.

–¡Ándale, pégame! Pero lo que digo es cierto, por eso te enoja. El respira fuerte para tranquilizarse, luego me dice:

–Para que lo sepas, tuve que ver con ella.

–¿Con quién?

–¿Con quién ha de ser, con Sofía, ayer dormimos juntos. Me lancé contra el furioso, tratando de golpearlo en la cara, Ismael se defendía a manotazos.

–No es cierto, ¡Cállate, cállate!

–Espérate cabrón. Forcejamos, ambos estábamos muy acalorados, casi gritando, Ismael logró zafarse y me avienta sobre la cama.

Papá entra en la habitación, alarmado por los gritos. Los dos nos quedamos como paralizados, mocosos, lagrimientos, despeinados.

–¿Qué pasa aquí?

–Nada, contesto primero.

–¿Cómo nada? Miren como están.

–Papa, Ismael dice que tuvo que ver con Sofía.

Ismael se hace hacia atrás, agacha un poco la cabeza, papá se acerca a él sin poder dar crédito a lo que oyó, lentamente, como tratando de contenerse. Le da un puñetazo a Ismael, justo en la comisura de los labios, inmediatamente empieza a sangrarle la boca.

–¡Te odio! Te odiooo

La segunda vez que lo dice ya va corriendo por el pasillo. Papá se mira el puño aun cerrado, con expresión de dolor. Me acerco a él y lo abrazo. Entonces sin poder contenerme, empiezo a llorar.

–¿Papá, por qué?

Mayra Vázquez Laureano

Junio

Poco recuerdo de ese día y los posteriores. Sé que fue en junio, porque días atrás mi madre cumplió veintitrés años. No hubo fiesta, ni pastel, ni aplausos. Los hospitales demandan un silencio sepulcral.

En esa época mi mamá debía trabajar, y mis abuelos cuidaban de mí. Yo procuraba llevar mi pizarra mágica para hacer retratos de todo lo que estuviera a mi alcance, y por los cuales Picasso mataría, enserio. Mi abuelo y yo éramos el dúo perfecto: dibujábamos un animal en la pizarra y él le ponía nombre de algún conocido, acorde siempre a sus necesidades. Después, y aunque yo no quisiera, debíamos borrar la pizarra para poder crear nuevos dibujos. Esa era la parte más difícil.

Cuando teníamos lapsos artísticos suficientes, él me cargaba en su espalda y dábamos un tour completo por la casa. Desde el segundo piso, directo y sin escalas, hasta la cocina que siempre tenía una cazuela del mejor guiso del mundo. Comer, dibujar, viajar por cada rincón de la casa, y después dormir hasta que mi mamá llegara.

Ellos me llevaban a la cama y se acostaban a mi lado, después mi abuelo, con toda la calma que conocía, pasaba las yemas de sus dedos por mi rostro una y otra y otra y otra vez, mientras mi abuela me arrullaba hasta que yo tuviera la decencia de cerrar los ojos.

De pronto ya no pudimos seguir dibujando ni burlarnos de los demás. Él pasaba todo su tiempo recostado, en un cuarto al que yo no podía entrar. “¿Cómo se va a dormir si no hay nadie para acariciarle la cara?”, pensaba, “Al menos deberían darle una pizarra de mi parte. Qué aburrido es estar acostado todo el día”.

Tras días pidiendo ver al abuelo, mi madre me lo explicó como pudo. “Tu abuelito ya no podrá jugar contigo, Dios se lo ha llevado.” Yo me pregunté si ahora daría tours en el cielo.

Recuerdo algunas cosas con perfecta claridad, incluyendo su ausencia. La casa se sentía más vacía, y aunque mi abuela intentaba mantener los hábitos de aquel hombre, era inevitable extrañarlo. Después de un par de años comprendí que, aunque fuera difícil, Dios también debía borrar cosas de su pizarra.

Juan Luis Henares

Una noche de luna llena

Quince años atrás daba clases en una escuela secundaria nocturna de adultos en las afueras de la ciudad. Una noche de agosto, al finalizar la jornada me dirigí a la parada del colectivo, distante a pocos metros del establecimiento. Al llegar a ella se acercó un vecino del barrio, quien me avisó que a la hora veintidós los choferes de transporte de pasajeros comenzaron con un paro sorpresivo, así que no funcionaba el servicio. Por lo tanto, llamaba a un taxi o caminaba hasta mi casa. Como era fin de mes y tenía mis bolsillos vacíos de dinero, decidí caminar los cinco kilómetros que separaban la escuela del pueblo en donde vivo.

La noche estaba fría, pero al menos la luna llena alumbraba el camino. Disfrutaba el sonido de los insectos y animales nocturnos que, amparados en la oscuridad de la vegetación, daban toda una sinfonía que acompañaba mis pasos sobre la banquina de la ruta. Pasó un coche, y a punto estuve de hacer dedo; no me animé, vaya uno a saber si el dueño del vehículo tenía ganas de compartir minutos de su viaje con un desconocido acompañante.

De pronto apareció ante mis ojos: la vieja fábrica química abandonada al costado de la ruta, la que siempre observaba desde la ventanilla del colectivo. Ubicada en el interior de un largo curvón que toma la carretera, la luz de la luna la dejó al descubierto, oculta detrás de un pequeño bosque de longilíneos pinos. Me tenté, ¿por qué no tomar el viejo ingreso que lleva a las calles internas? Era una oportunidad única de conocer ese lugar del que tantas historias contaban los alumnos en la escuela. Además, al quedar en la parte interna de la curva, me ahorraba transitar cientos de metros.

Entusiasmado con la aventura tomé la senda, perpendicular a la ruta, que se interna en la factoría; esta tenía dos viejos galpones, con los vidrios de sus ventanas destruidos —unas pocas persianas metálicas rotas colgaban aún de ellas— y paredes sucias a causa del paso del tiempo y la humedad. Uno de los edificios tenía una chimenea de ladrillos, con las hileras superiores ennegrecidas por el humo que despidió en otras épocas. Al medio, una enorme balanza en la que pesaban las cargas de los camiones; en un costado completaban la

escena una pequeña edificación con planta alta y una construcción precaria que, debido a la inscripción Damas y Caballeros que se alcanzaba a leer, habría funcionado como baño.

El viento lograba que las viejas ventanas se azotaran contra la pared; lo mismo sucedía con la puerta de un galpón. Me acercaba a él cuando un sonido atrajo mi atención; giré a mi derecha y en la penumbra percibí un movimiento. Mis músculos se tensaron, la mirada se agudizó. Un gato negro dio un salto desde atrás de una pila de deshechos cajones y trepó por la cañería al techo. Sonreí y me tranquilicé, pero al regresar la mirada al sendero encontré una figura —muy alta y algo encorvada— que con la luz de la luna a sus espaldas saludó con su mano derecha levantada. Vestía sobretodo negro y en su cabeza un gorro al mismo tono. No pronunció palabra alguna, con un ademán me invitó a seguirlo; sin entender el motivo lo hice y caminé tras sus pasos.

Nos trasladamos a través de un estrecho pasillo entre uno de los galpones y el edificio pequeño; ingresamos por la puerta lateral del primero. Las maderas de la entrada crujieron, lo que hizo que las arañas corrieran a esconderse en sus nidos. Me llevó por un corredor, con piso de cemento, que pasaba entre medio de varias máquinas; al final se detuvo y señaló lo que parecía ser un viejo piletón cuadrado, de al menos tres metros de lado. Imposible conocer su profundidad, un líquido verdoso y nauseabundo lo llenaba hasta los bordes. Se acercó y lo observó durante un par de interminables minutos, al final de los cuales yo no podía aguantar las arcadas producidas por el hedor. La penumbra reinante y el cuello levantado de su abrigo —sumado a la gorra que lo cubría— no me permitieron distinguir las facciones de su rostro. Luego de asegurarse que yo había prestado atención al estanque, dio media vuelta y me guió camino a una pequeña oficina ubicada en una esquina del galpón; entramos y señaló una oxidada silla de metal. Me senté, sus patas se separaron y debí apoyarme en un viejo escritorio para no caer; encima del mueble se encontraba un antiguo libraco, humedecido, con hojas ya marrones. Estaba abierto en un listado de nombres; detrás de cada uno de ellos se registraba un horario y la respectiva firma: comprendí, era el libro de asistencia, donde cada obrero marcaba su hora de ingreso y salida. Con los dedos de sus manos me indicó el número ocho: el octavo en el listado era un tal Gino Iovaldi. Pronuncié el nombre en voz alta; mi enigmático acompañante pareció, satisfecho, esbozar una leve sonrisa. Era él, Gino Iovaldi era su nombre. Caminó pocos pasos y se detuvo frente a una especie de pizarra colgada de la pared. Entre restos de

palabras escritas con tiza, una lámina a color —o lo que quedaba de ella— en la que los dictadores Jorge Videla y Emilio Massera entregaban la copa del Campeonato Mundial 1978 de fútbol a Daniel Pasarella, capitán del equipo argentino; al pie de ella su título: ¡Ganamos! Sobre el pizarrón, un gran cuadro con la frase Los argentinos somos derechos y humanos. Me miró, parecía querer confirmar que comprendí el mensaje; luego señaló la puerta.

Transitamos en silencio; al salir del galpón la luz de la luna de repente iluminó su rostro. Me sorprendí al verlo: no tenía cejas ni pestañas y abundaban las cicatrices, como si hubiese sufrido graves quemaduras. Solo dos grandes ojos marrones lograban que su rostro pareciera humano. Me despidió con la mirada, y sin mediar palabra caminé unos metros; de repente pensé que tenía muchas preguntas para hacerle: di media vuelta, sin embargo el extraño hombre ya no estaba. Volví sobre mis pasos y reingresé al galpón, el pasillo se encontraba vacío; miré hacia arriba, investigué las paredes en busca de una puerta secreta, mas no encontré nada. Lo llamé ¡Gino! Una, dos y tres veces; grité su nombre: no hubo respuesta. Salí aturdido; me acerqué a la ruta sin comprender lo sucedido, con mi cabeza llena de datos que parecían girar en ella y yo sin poder detenerlos. Caminé de esa manera hasta llegar —una hora después— a casa, me tiré en la cama, y de inmediato quedé dormido.

Al despertar a la mañana siguiente solo habitaba en mi mente Gino Iovaldi. ¿Quién era? ¿Qué hacía en ese lugar desierto? ¿Habría sido un sueño? Urgente me dirigí a la computadora, y en el buscador de Google coloqué el nombre. Recorrí las diferentes entradas; en la mayoría se combinaba Gino con otros apellidos, y cada tanto aparecía Iovaldi pero con distintos nombres. Horas pasé en la búsqueda. A punto de desistir, noté que una entrada dirigía a una web referida a la desaparición de personas en Argentina, y recordé el poster de Videla y Massera. Ahí, en un listado de desaparecidos en los años de la dictadura militar, lo encontré: Iovaldi, Gino. Nacimiento 1944, desaparición 1978. Soltero, sin hijos. Último trabajo: Química La Patria.

Pronto me contacté con organismos de Derechos Humanos, quienes me contaron que Gino —conocido como *El lungo* Iovaldi— era ateo y marxista, delegado de los trabajadores ante el gremio; en la fábrica organizó un pequeño grupo de obreros junto a quienes estudiaba a Marx, Gramsci, Lenin y Guevara. No obstante, los dueños de la

empresa tenían fuertes conexiones con los militares, y tal lo sucedido con tantos otros un día no se supo más nada de él. Si bien con el regreso de la democracia comenzó la investigación, jamás hallaron rastro alguno. En entrevistas realizadas a ex trabajadores a mediados de los años ochenta —La Patria cerró sus puertas en 1979—, varios comentaron acerca de rumores de cuerpos arrojados a un tanque con ácido sulfúrico. Luego cesó la indagación, tras lo cual se olvidaron de Gino.

No me di por vencido: proseguí con la búsqueda. Pasaron años. Al principio algunos jóvenes militantes recorrían a mi lado el deshabitado lugar; aunque cada vez que repetía la historia de lo que viví esa noche me respondían con miradas evasivas, a modo de quien intenta eludir una conversación. Más tarde ya nadie me acompañó: siempre alguna actividad importante les impedía realizar la visita; al tiempo me pareció notar que esas miradas extrañas se habían transformado en burlonas. Una noche en la escuela ingresé al aula y encontré en el pizarrón, escrita con grandes letras hechas con tiza amarilla, la frase *El profesor chiflado*. Recién en ese preciso momento caí en la cuenta —con tristeza— de que todos se reían de mí, que nunca nadie creyó ni creará mi historia.

Ahora, jubilado ya, disfruto de las pocas cosas que me gustan en la vida: colecciono monedas y estampillas, miro la lluvia caer, leo bastante y escribo pequeños relatos. Y como la cardióloga me recomendó que para cuidar mi salud lo mejor es el aire puro de la campiña, en las serenas noches de luna llena salgo a caminar, y con una botella de vino en la mano busco a Gino por los recovecos de la vieja fábrica abandonada.

Juan Luis Henares

La orden

Don Carlo es como mi padre, gracias a él estoy aquí; cambió mi destino, sino hubiera terminado mis días encerrado en la cárcel. De pibe me la pasaba de pelea en pelea, tanto en la escuela —llegué hasta tercer grado— como en el barrio. Me rescató del internado de menores en el que estaba encerrado y me llevó a trabajar a su lado; Don Carlo me dio una razón para vivir. Le debo todo.

Muchos le temen, lo llaman el mafioso del barrio, y tienen razón. Se dedica a la venta de drogas, a la quiniela clandestina y es dueño de la mayoría de los bares y prostíbulos de la zona; tiene arreglos con la policía y con los ladrones, maneja los negocios sucios de gran parte de la ciudad. Lo he visto matar gente con sus propias manos, pues estuve a su lado en varios de esos momentos. En cierto punto, yo también le temo.

Una tarde me dijo que debía dedicarme al boxeo, ya que con mi fuerza y sus contactos llegaría a ser campeón. Le hice caso —sus consejos son órdenes—, entrené muy duro y después de un invicto de veinte combates ganados hoy es mi gran día.

Mi viejita está orgullosa, guarda los recortes que hablan de mí. *De la cárcel al estrellato* es el título de su reportaje preferido, a color y doble página en El Gráfico. Ahora, sentada en primera fila, espera ver a su hijo ganar la corona nacional de los pesos pesados. Soy su vida —todo lo que tiene— y su deseo mayor es colocarme el cinturón de campeón.

Estoy solo en el camarín, en veinte minutos llegará el gran momento. Desde el estadio se escuchan los gritos de la gente; la mayoría corea mi nombre, nadie duda que seré el campeón. Yo tampoco. Me pongo el pantalón, luego las botas, ato los cordones y de pronto se abre la puerta de la pequeña sala. Es Don Carlo, acompañado de sus guardaespaldas que no se separan en ningún momento de su lado. Se lo nota alegre, lleva puesto un traje bordó —con camisa azul y corbata amarilla— que se hizo confeccionar para esta ocasión. Se acerca y me palmea, me recuerda los años que llevamos juntos, lo que ha hecho por mí y la fidelidad que le debo. Se lo agradezco.

De inmediato me dice que las apuestas están nueve a uno a mi favor, y que esta noche el gran negocio es mi derrota; debo pelear hasta el último round, y ahí tirarme a la

lona. Me quedo mudo, es el golpe más fuerte que me han dado en toda mi carrera de boxeador; me abraza y explica que no tengo que hacerme problema: la revancha vendrá en poco tiempo y ahí seré el campeón. Se retira con su séquito y la soledad me invade; no puedo contener las lágrimas. Tengo bronca, pero sé que son las reglas de juego: a Don Carlo no se lo traiciona; gracias a él estoy en este lugar y lo importante es su negocio. Mi gloria deberá esperar. Aprieto los dientes, me pongo la bata, aviso a mi entrenador que estoy listo, y junto a los auxiliares salgo hacia el ring.

Subo al cuadrilátero, el estadio está colmado; en el ringside resalta la figura de Don Carlo con su mujer, una joven veinteañera —hermosa rubia— llena de joyas. Sentados junto a ellos los custodios. Metros al costado, mi madre; la noto emocionada, es su día soñado. Pobre, cuando me vea caer... ¿Cómo le voy a explicar la derrota? Esto la matará.

Se inicia el espectáculo; el relator nos presenta al público, hay un bullicio ensordecedor.

—¡Segundos afuera! —ordena el árbitro, tras lo cual viene el saludo con mi rival. Me mira fijo y noto en su rostro una risa burlona, sabe lo que sucederá. Suena la campana y esa sonrisa no se borra: se me ríe en la cara. Pienso en mi madre, y con todas mis fuerzas lanzo un cross de derecha directo a la mandíbula. Como fulminado por un rayo cae a la lona, imposible levantarse.

—¡Knock-out! —gritan enardecidos todos en las tribunas.

Todos menos Don Carlo.

ANDRES CAMILO
RODRIGUEZ YUNDA

LA LUZ

Sentado en medio de lo
incierto, De las sombras y del
miedo

Meditando como un alma en pena que piensa y que piensa
Que llora y que grita,
Que sufre y que sufre

Me estoy desangrando
De penas y sufrimientos
acabando La vida me está
marchitando

El odio está demacrando mis
pasos El amor ajeno me está
celando

El odio del mundo me está torturando

Estoy preso en una burbuja de renacuajos y monjes esclavos
Sombras ficticias llenas de sangre y piel blanca me hacen
compañía Se hacen al lado de mi cama, al lado de mi mundo, me
otorgan besos Besos que saben a faldas, a sangre y mejillas
cansadas

Estoy preso en el alba
Esperando con paciencia alguna estrella mágica
Una estrella que me ilumine la vida y las
mañanas

Esas mañanas que me saben a cigarrillo y a teta raspada
Mañanas que me saben a desnudos morenos y
crucigramas

Estoy en medio de una muralla
Estoy preso en una maraña de mentiras y mentes diáfanas
Extrovertidas dañadas — Que me confunden y mi
intimidán Que ni me notan, que ni me miran

Estoy confundido; no sé quién se fijaría en el alma
mía En esta alma llena de penas y cicatrices finas

Tan finas como una cuchilla
Tan horrendas como la vida
misma

Por eso es que estoy frente a frente contigo —Sí, soy yo la muerte
Tú no me hablas pero yo te imagino —chica de labios finos; cabello
liso

Ojos azules pesqueros, lindos

Regado de sangre estoy — El cuchillo está en mi cuello
Rodeado de demonios estoy — Mi mente me ha transportado al
colegio

A ese lugar inmundo lleno de ángeles perfectos — Tú eres un demonio
feo A ese lugar de rechazos y ojos inciertos

Me siento en medio de una penumbra inmensa —Estas en clase de física de
nuevo Me siento solo —En el fondo están tus compañeros

Esos chicos lindos que tienen muchos amigos
Que tienen like en las fotos y felicitaciones en sus
cuadernos Oye no me jodas, la muerte se te está
presentando al fin

No temas, la muerte no viene en forma de vida plebeya

Te prometo que lejos del infierno encontraras una secuencia perfecta
Donde no haya vida; ni cicatrices horrendas— ¿Aprieto más el
cuchillo?

Deberías comenzar con la escena, antes de que te
arrepientas Antes de que la vida te haga reflexionar sobre
tus cadenas

Y te deje preso de nuevo en las penas
estas En estas penas que saben a rosas
frescas; A sangre nueva con olor a
fresas

No sé si hacerte caso —! Oh! Tú, musa la
muerte No sé si deba confiar, no sé si me
mientes

No sé si hoy la vida sea una mierda pero mañana por fin encuentre... (...)
Olvidalo dejare que el mundo me infeste — ¿Estás cansado de vivir?

Si es así aprieta ya ese cuchillo y deja de parafrasear con delirios
aleados SI es que la vida no te ha ofrecido más que martirios

Si es que esa puta solo te ha hecho arder en este infierno divino, clérigo,
infinito

No os hagáis caso a esta fiera de delirios inmenso he infinitos
¿Quién eres tú? — Soy yo la musa de la vida, la musa que ha de brindarte la felicidad, la
paz infinita

— No os mintáis a esta elite tuyo,

Luchador de infiernos fatales tu sos una perra y el terminara lo que comenzaste

— No os hagáis caso yo soy santa y bendita entre todas las cosas
sagradas Tú adórame que te daré una bebida clara

Que podrás probar para que tu alma quede maravillada

¡No os pensáis en creerla a la muerte!

Ella solo te engaña, quítate ya la pena, retira esa navaja te prometo un futuro lindo lleno
de Miradas

Un futuro fresco donde camines entre agua y donde las damiselas se impresionen con tus
labias

¡No os dejéis engañar por esta puta! si algo está a punto de caer es digno de caerse en
pie Deja el cuchillo sobre tu piel tú ya decidisteis lo que ha de suceder

No te retires ahora que el mundo es más bello cuando muere que cuando vive
Pues los leones no se detienen al volar de los gorriones que afligen

¡Oh! La verdad musas no sé qué rayos hacer estoy en medio de un alba que no sé qué es
lo que es y qué es lo que no es

Creo que si he de morir — ¿Qué acabas de decir?

La vida es algo que debe respetarse, ojala lo entiendas al fin las prostitutas no son putas
por ser mujeres si no porque tienen tetas para dar leche.

De esa leche que vuelve fuertes a los niños y hombres a los hombres

¿Es que aún no lo Comprendes?

No os dejéis profanar por el futuro pues el presente puede ser bello si vos miras más allá
de lo Inmundo

Solo quita todo ese pasto que rodea tu
muro Pinta grafitis con el sabor de tus
lirios crudos

— ¡Maldita prostituta! ¿Cómo te atrevéis? hasta risa me da escucharte, ¡mierda!

¿Cómo has de justificarte?

Tanto dolor, tantos delirios de carne

Deberías de una vez por todas alejarte, dejar que este pobre elite se escape

¿Acaso no has sufrido ya bastante?

Deberías relajarte dejar ese cuchillo en la piel de los donnadies

No sé a cuál de las dos debo prestar atención mi vida se consume y me duele el dolor
Ustedes me manipulan y llenan mi existencia de pudor

¿Cómo llamar a la vida placer si vida no es vida si no por el dolor que la
pario?

—No confundáis sufrimiento con existencia de por si sufrir no es el concepto de esencia

¿No te ha enseñado tanto la filosofía?

Que el que no piensa no existe, que el que no ceta no expresa
Deberías dejar de escuchar a esta fiera disfrazada de princesa; sigue tu
camino,

Lucha por lo que deseas, pues la muerte solo es el camino a elegir para las almas que no
tienen respuestas

Pero tú ya tienes un manual de instrucciones para afrontar las situaciones estas

-¡Oh!, tú de nuevo profanadora de mierda
Deberías dejar de atormentar las almas de la
tierra

¿Por qué no has de dejar que todos se voten de cabeza sobre las ondulaciones de la
esencia?

¿Por qué has de profanar los pasos de tu existencia con felicidad de la buena?

—Adviertes en colocarme en situaciones que no me convienen en mi sentencia
Pero si vos queres jugar al abogado de la verdad

Entonces he de alegarte que sois el que escupe en la cara a más de una realidad

¿Culpa tiene la vida que la muerte sea una metiche en los asuntos de su grandeza?

¡Aléjate!, maldita deja de profanar la tierra con tus
pasos Este hombre necesita ayuda

No demonios cabizbajos

Lárguense de mi ¡oh! Presencias de lo maldito

Yo soy el que decido si las putas del destino o los lirios del infinito

—No toméis una decisión apresurada, solo he de decirte que te cuides
Muchos hombres enloquecen por cosas así

—No toméis una decisión confusa solo he decirte que me valores mientras tengas la
valentía

Muchos hombres desfallecen por vivir la vida por vivirla

Hoy tienes la oportunidad de... (...) —Ya cállate será el quien
decida Será el quien entienda o decida someterse a la pena

Aprieto el cuchillo

Las voces de mi mente se han silenciado, han huido

Tal vez desde el infinito estén jugando parques con mi destino

Y estén apostando al demonio más gordo ya sea por mi victoria o por mi
suicidio Aprieto el cuchillo, no vale la pena tanto martirio

¡Oh!, esa chica no me escribe ¿yo que hago inmerso en lo inciertísimo?

No vale más la
pena No vale más
la pena

No vale divagar más entre sus piernas y sus miradas tiernas
Esas miradas que no son para mí, que no corresponden a mis
letras

Érase una vez cuando creía que venía a la tierra a tener una vida
mágica Érase una vez un día como hoy

En que la luz bajo del infierno y me otorgo unos lindos
besos
Con sabor a muerte y a lirios frescos

Luz
Compañía de
muertos

Luz
El mundo sigue siendo el
mismo O sigo preso en mi
pasado infinito

¿ODIO?

Leonardo Martínez “Leonardopowersxd”

Darla

18 de septiembre del 2025

Ciudad Guerrero Negro

“Todo va muy bien, va muy bien mis colegas deles más Darla para las nenas y que se pongan a bailar que apenas la noche ha comenzado, más y más jugoso y ambronan mis mujeres”

Ambrona. Termino que se utiliza ahora para el placer sexual, se usan más entre jóvenes que visitan los pocos bares y tabernas que sobreviven en la pandemia provocada por un virus desconocido. Los jóvenes adoptaban nuevas palabras para referirse algunas cosas, algunas las abreviaban y otras no. Nuevas jergas se creaban cada mes, los mayores lo llamaba una inútil forma de que los jóvenes se puedan entretener para sobrevivir durante la terrible pandemia. Los jóvenes suelen divertirse con varias drogas creadas durante la pandemia de un virus ferozmente creado en Wuhan. Aunque no haya muchos lugares a donde ir, aún sigue existiendo lugares clandestino donde es accesible al Darla para que los jóvenes puedan ingerirlo y festejar el fin de los días. Se refieren al Darla como la droga perfecta que no provoca ninguna adicción si no placer en el ser humano para alejar el virus de la vida y pensamiento. Los pocos canales de televisión que aún se veían solo hablaba del virus y el virus, no puede contenerse y parece mutar cada vez más, teorías conspirativas o el apocalipsis según la biblia pero de lo que se hablan entre los jóvenes es el Darla y como logran seducir con ella.

Pasa por un faro, pasa por otro y no se incomodan en no hacer altos en las paradas, el Mustang conducido por Brian acompañado de su amiga Sue quien busca trabajo por las noches, Brian no le importaba el trabajo ya que recibía un sueldo estable en una pastelería de su padre, así que el dinero que ganan les mantiene vivo por ahora. Sue en cambio sus padres perdieron mocedad para el trabajo ya que el virus comenzaba arrasar en la población. Los dueños de las fábricas quienes ignoraban los acontecimientos ocurridos de la pandemia no quisieron detener el trabajo. En consecuente muchos trabajadores fueron afectados por el virus muriendo en las instalaciones en donde pocos de los dueños fueron contagiados, ni siquiera los millones que ganaban gracias al esfuerzo laboral de los obreros pudieron salvarle la vida ante tal letal virus que se propago por todo el mundo.

— ¿Piso más el acelerador?

— Vas como loco, la policía te detendrá.

— ¿Por qué sigues diciendo policías si esos tipos no se ven desde hace dos años?

—Tienes razón, pero hay más militares que policías últimamente.

—Relájate Sue, esto debe terminar algún día.

— ¿No has oído las noticias?

—No y no importa, te pones muy seria con esos temas, así es este mundo.

—Aun así, espera ya casi llegamos a Skyfe mejor hay que ponernos cubre bocas o nos dará inhamf.

Inhamf— No es el nombre correcto que se utiliza para el virus pero los jóvenes lo nombran así, este virus es contagioso y se aísla en los pulmones.

Los dos se colocaron cubre bocas y unos lentes especiales para los ojos, ya que en distintas zonas había más el índice del virus donde era más fuerte a contagiarse, para poder entrar en ellas con más seguridad debías colocarte unos cubre bocas especiales y unos lentes que protegían tus ojos, algunas veces se colocaban guantes pero eso era si debías tocar algo,

—Bien ya entramos— Brian es delgado con la nariz puntiaguda y de cabello negro corto, portaba camisa manga largas y pantalones negros— ¿A dónde quieres ir primero?

—Bueno, ¿Dónde es más factible conseguir trabajo?

—Olvídate del trabajo, mejor hay que aprovechar y divertirse, es una de las pocas zonas donde se siguen abriendo los bares.

—Eso no importa.

—Vamos Sue, sirve de distraernos un rato, la gente no hace más que estar enojada.

—Vale, está bien. ¿Por dónde hay que ir?

—Vamos a ver que hay por estos lugares.

Entre las calles se veía demasiada basura tirada, cadáveres de indigentes tirados en las calles con la piel deteriorada, algunos ni siquiera tenían piel solo huesos, otros estaban llenos de gusanos. La mayoría de los indigentes morían en tres días, le salían pusos por todo el cuerpo y vomitaban sangre debido al virus ya que era los más indefenso cuando la pandemia apareció.

— ¡Mira eso!— Brian señalo con su mano izquierda aquellos cadáveres tirados en las banquetas, todos tenían los ojos blancos— Pobres tipos, debieron hacer caso a las advertencias.

—Ya déjate de burlar de los muertos, son historias viejas, además cada día amanecen más muertos, luego veras algunos nuevos.

— ¡Mira ese se le salen los sesos de la cabeza!— Brian reía y aceleraba más con cada paso.

—Maldición ya deja de habla de los malditos muertos.

Pasaron por un abarrote abandonado donde había un grafiti “Dios nos ha abandonado”

—Vamos cerca— Brian detuvo el coche y vio un lo que parecía ser un antro, era un lugar chico y se veía en un mal estado, el nombre es Fugaz y estaba iluminado en rosa, aunque las letras g y z parpadeaban mucho— ¿Qué tal ese lugar?

—No lo sé, se ve como una pocilga de mala muerte.

— ¿Qué acaso todos los lugares para ti son una pocilga?

—Solo míralo, estaba llena de basura por toda la banqueta.

—No seas tan exigente, en esta pandemia no hay lugares buenos como antes, ah extraño esos viejos tiempos.

— ¿Por qué no buscamos otro?

— ¿Bromeas?— Brian le dio una palmada en el hombro a Sue— este lugar se ve increíble, vamos de una vez.

Sue observo a dos hombres en trajes de over up all que llevaban bolsas de cadáveres hacia una camioneta,

— ¿Creer que sea buena idea?

—Claro que sí joder.

Brian estaciono el auto a una cuadra a la izquierda cerca del antro, se bajaron los dos y cerró las puertas con una llave especial,

—Más vale prevenir que lamentar— Dijo Brian

—Bueno, dios nos ampare.

Brian dio unos pasos con Sue y de un pasillo de un lugar establecido en ruinas lo agarró del brazo una persona que parecía estar infectado, tenía los ojos blancos que ni la pupila se miraba, las manos rojas con dedos largos, la piel presentaba moretones enrojecidos y no tenía mucho pelo,

— ¡Maldición aléjate de mí!— el indigente no soltaba a Brian, Sue se asustó pero no intervino— Maldito infectada, ¡Suéltame!— El indigente lo soltó y cayó al suelo, se retorció como si fuera un gusano, era doloroso ya que el virus lo estaba matando lentamente— ¡No veas Sue!— el indigente vomito sangre y murió— Gracias por ayudar Sue.

—Lo tenías controlado no quise estorbar.

Los entraron a ese antro, estaba todo iluminado por luces de colores, había música ruidosa de Rock “N” Roll, y todos los demás que entraban tenían maquillaje fosforescente que se miraban cuando las luces pegaban en ellos, Brian estaba emocionado y gritaba, Sue solo se

sentía tímida pero seguía el rollo a Brian, una muchacha que tenía una araña dibujada en la frente que con las luces se iluminaba de color amarillo se acercó a Brian,

—Prueba un poco de Darla— le dio unas pastillas color verde.

Este las probó y su cuello trono, sus pupilas se hicieron más grande, se quedó paralizado y según es una experiencia poco inusual que otras drogas, te llevaba hacia otro mundo, era como estar muerto pero vivo a la vez, tardó cinco minutos en reponerse, pero según él parecía haber pasado seis horas,

— ¡Carajo esta mierda es única!— compro unos cinco— Tienes que probar Sue.

Sue ingiere solo una, sintió los mismo síntomas, solo que en lugar de viajar vio algo aterrador, vio fuego, demasiado fuego sucumbiendo la ciudad, ella daba vueltas por todos lados y Brian se aseguró de que no cayera al suelo,

— ¿Qué tal te pareció?— Pregunto Brian.

—Es muy fuerte— Se sintió exhausta y algo convulsionada— Quédate por aquí, iré a buscar alguien de recursos humanos.

Miraba a todos los tipos que ingerían Darla, se caían al suelo y no respondía durante cinco minutos aproximadamente. Sue llamo a un guardia para decirle que buscaba trabajo,

—Entra allí.

Entro por una puerta a lado de los baños, se sentó en una silla y espero por un rato, salió el presentador del antro,

— ¿Qué tipo de trabajo buscas?

—Cual sea— Ella dio su solicitud de trabajo la cual no tenía mucha experiencias— No estoy contagiada por el virus, estoy limpia.

—Me da gusto saber eso pero no es ningún problema— Agarro unos folletos— Lee estos folletos.

Agarro unos folletos donde había una información extraña, hablaba mucho del virus que causo toda una pandemia global y como esta sigue hasta la fecha provocando muertes, de cómo está a partir de ella comenzaron también a surgir nuevas drogas como es el Darla, se muestra en si lo que contiene esta droga y sus efectos.

“Kinzomina es una droga experimental creada en Inglaterra para los soldados, debían mejorar su rendimiento pero morían pero no era así, causa una muerte aparente, parálisis, vomito, entre otras cosas, si es ingerido a grandes cantidades causa una muerte parálitica cerebral”

Sue no comprendió del todo sobre las drogas que conlleva el Darla, pero las extrañas visiones que provocaba como si se tratara de que el mundo pronto llegaría a su final,

— ¿Qué es todo esto?

—Es para capacitarte.

La tomaron por la fuerza y con una jeringa llenaron de Kinzomina en grandes cantidades, le inyectaron justo en la espina dorsal, de nuevo las visiones de explosiones y fuego llegaron, Sue volvió a recuperar el conocimiento, vio que llevaba un vestido y estaba en el mismo lugar, salió y vio que todos seguían allí, el presentador salió a hablar,

— ¿Les gusto el baile de las chicas? Si es así consuman Darla para el siguiente show.

Brian drogado y ambronado se acercó con Sue,

— ¡Bailaste fenomenal!

— ¿Yo baile?

—Sí, ¿entonces ya tienes trabajo?

—Sí, ya tengo un trabajo.

El Darla hacia lo suyo, a todos les gustaba Darla porque era lo único que hacia olvidar a todos del virus,

—Romántico— Dijo la chica de la araña.

Leonardo E. Arteaga Ibarra

Un pájaro revoloteando

Hay un pájaro revoloteando en mi pecho
cuando camino hacia tu encuentro.

Mi corazón, un ruidoso tambor hojalatero,
un triste cronometro pasajero.

El trabajo, un buitre carroñero,

una gruesa cuerda que a diario tenso
con el fatal argumento del dinero.

Y el teclado y la pantalla... y el lunes.
Mientras mi llama gana fuerza,
mi alma prisionera.

Y a morir contigo, amarillo.
Y amor ir contigo... amar y yo.

Everardo flores

Refugio desolador

Un extraño sueño me despierta. Suspiro un momento. Creí haber muerto. Me levanto lentamente y me dirijo hacia la única hendidura que hay en la pared. Cerca del horizonte, entre varios pinos, un monstruoso cuerpo celeste me mira y me invita a salir. Imposible no admirar tan voluptuosa belleza. La sigo viendo durante varios segundos, pero es suficiente. No puedo seguir ilusionando a mis ojos de volver a ver una noche tan magnífica como la de hoy.

Antes de volver a recostarme, me pongo ropa más caliente y pienso en las posibilidades que hay de mantenerme con vida. Ya no hay comida, los animales día a día mueren congelados, la temperatura disminuye y la leña es escasa. “Soy hombre muerto”, grité desesperadamente.

Trémulo, me recuesto en un rincón de la cabaña, froto mis manos velozmente y recuerdo aquella fatídica noche.

Fabián, Silvia y yo, habíamos comenzado el viaje rumbo a la cumbre de la montaña. Llevamos suficientes víveres para soportar el invierno, porque nos enteramos de que varios viajeros morían apenas en los quinientos metros iniciales. Entusiasmados, caminamos en el pie de la montaña varios minutos, cuando de repente, como un estruendoso e inesperado rayo, un animal de dos metros de altura, uñas largas y dientes tan afilados como un hacha, arrancó la cabeza de Fabián a un solo movimiento. Horrorizados, Silvia y yo, corrimos deprisa a un árbol que estaba justo atrás de nosotros. “¡Es un lobo, Rafael!”, me susurro aterrorizada. Era imposible. “Los lobos jamás andan solos”, le dije.

Todo fue tan rápido, increíble de ver. Escuchamos gruñidos y jadeos. Tuve ganas de orinar. Aún sin comprender, en un acto de estupidez, Silvia corrió asustada hacia un árbol

que estaba del otro lado, pero fue alcanzada por la criatura. Escuché un solo grito. Fue un festival de sangre. Me resigné a morir.

Estuve alerta y en silencio durante varios segundos, pero se había ido. Me levanté temblorosamente y observé como la criatura se perdía por el valle. Nunca comprendí por qué no me encontró. Alterado, salí corriendo sin rumbo. Después de un rato, vi una cabaña desecha y me refugié. Desde aquel día el sueño ya no fue un amigo.

Durante los siguientes días, angustiado, observaba el valle buscando la criatura, pero ya no apareció. Fui saliendo poco a poco, recolecté algunas ramas de pinos caídos que estaban cerca, comí plantas y animales muertos que hallaba y bebí agua de un pequeño lago. Hace poco que aquellos lujos se han ido. Cuando el invierno aparece, lo arrasa todo. Tuve que improvisar con mi cuerpo.

Pronto amanecerá. Ya no tengo fuerzas. El miedo consume mi mente. La muerte sigue allá afuera, deambula en cada rincón, me tiene atado. “¡Se acabó!”, grité. “Ya no hay nada que pueda hacer, moriré solo en esta montaña”. Ya lo decidí, será hoy.

Jota León

Se alquila media cama

Se alquila media cama, pues la situación de mi bolsillo es insostenible,

se alquila media cama, pues la situación de mi corazón es peor y ya es risible.

Es un colchón viejo y algo sinuoso,
con heridas de batallas y suspiros,
relleno de melancolía y sueños incumplidos,
muertos de tiempo, muertos de a poco.

La madera rechina al acostarse, al acomodarse, al amarse,
al buscar un brasier, al acomodarse una tanga, al vestirse,
al ponerse los zapatos, al silencio, al marcharse, al mentirse.

Alquilo media cama porque el espacio es amplio y el frío es basto,
porque mis pies yertos ya están cansados,
porque mi brazo izquierdo ya no abraza nada en el vacío espacio.

Alquilo media cama con derecho a sueño y una almohada,
con derecho a compartir, a dormir con quien te dé la gana,
con derecho a piel y complicidad, con derecho a espalda,
con derecho a amar y a ser amada.

Alquilo media cama y le encima una cobija con seis agujeros,
un alma desvencijada,
un cuerpo viejo.

Alquilo media cama porque diez años han pasado

y a su ausencia no me acostumbro,
alquilo media cama porque no aguanto otra noche de mal dormir,
con el recuerdo de un difunto.

Byron J. Encinas Velázquez

¿POR QUÉ? DE LOS BESOS...

¿Por qué? De los besos y caricias,
que conferidas a ti te he ofrecido,
me devuelves la afilada y penetrante
frialdad de tu despido.
En tus brazos reposa, la esposa,
que amó fuertemente en vida,
que de canto te llenó, y tendida
en tu lecho soportó vuestra pasión.
Por qué de ninguno te acordarás,
cuando en llanto vean
más de lo que de mi sacarás.
Sea digna y rosas sean.
Es este obligado viaje,
árido amargo ultraje,
dado a la sucia experiencia
más de lo que explica la ciencia.
Aullidos temblantes del mundo bajo
donde en llamas se juzga y atormenta
los tímpanos del ente escarabajo
que, en su barca, sobre un río cuajo.
Huevo del demonio, padre de las Furias.
Respira en el cuello a las cantantes rubias
y en escenario nunca las deja,
hasta la primera queja.
En la nuca suspira,
con sus garras despoja,
con las primeras lluvias
a las cantantes rubias.
¿Será que el carnero enamora,
con un dulce cantar,
para qué a su amada cotorra,
de un abrazo a hércules matar?
Recinto oscuro, sangriento,
pálido y sarniento;
de los ayeres el tormento
que nos hicieron perecer.
Pienso, a la lejana persona
que en obra de Mephisto ceder
la bendita aureola, conocida corona
del justo, poder manipular y creer.
Me saluda. Con vista cansada y dientes chillando:
«Bienvenida. Por Carlos Buelna traída, hija mía»
Con el ojo pelado, y de rodillas temblando
sin la esperanza que en los cielos tenía.
Entonces la luz de tu mirada,
que desde los arribas del abajo fluían
añorando a cada pisada.

¿Qué si lo sentí? Ahí y a cada paso
La iluminada senda que a ti me devolvió.
Retrayendo la carismática sonrisa de quienes iban
solo para verme caer a la mitad. Sacudían,
los enebros por la brisa mi llanto al verte
Y el día de hoy, para ti.
Mi corazón latir,
aquí hasta el fin, que la misma muerte
se ahogue en el Estigia mi pena.
¡Saludos! Hombre muerto, que desees venganza.
El Psicopompo me sonrío,
Y con nerviosismo me retiene por ti, mi amor.
Del lado equivocado del río.
Entonces, miro mi pecho y un pedazo
Desprendido, donde emana estigia
Y corre sin cesar, pendiente a tu camino
Decidiendo acusar tu traición.
Decídmelo, amor mío, si aún me amas.
Si detrás de ti aún me ves, susurrando
palabras diosas, como si estuviera amando
Con lo que tengo, mi carne perecedera
el mar, la multitud adorna
la tierra en que me encuentro
su líder, que cada momento
atesora la música vana
¡Lucifer! Es a quien creí oír,
a su cimitarra blandir
y en las penumbras clama...
A mí, y sólo a mí.

Karla Hernández Jiménez

Abrazo dividido

Desde el instante en que nos conocimos, tuve la impresión de que aquella mujer podría lograr que yo, irremediablemente, no pudiera sacármela jamás detrás de mis pupilas, completamente grabada en lo más profundo de mis recuerdos.

En aquel entonces, el plano literario en el Río de la Plata estaba creciendo de forma impresionante, parecía como si todos estuviéramos inspirados para hacer alcanzar los laureles de la literatura. Eran los tiempos ideales para la modernidad en la sociedad porteña. Cuando la vi, lo primero que pensé es que aquellos lentes feos le restaban puntos a su belleza, pero extrañamente le daban un aire de intelectualidad. No obstante, era el mismo aire que yo mismo lucía gracias a mis pequeños bifocales de aro metálico. Aparentemente, éramos los únicos en aquel círculo que usaban lentes, parecía que estábamos unidos por nuestra terrible visión.

Me acerqué de forma natural a ella, comencé hablándole de una serie de encantadoras naderías que me habían funcionado con anterioridad para que mis salidas con “amigos” acabaran satisfactoriamente en la orilla del Río de la Plata. Estaba seguro de mi victoria.

Ella solamente sonrió ladeando su cara ante las ocurrencias que le soltaba con descaro para intentar atraerla hacia mí. Después de dedicarme un leve arqueo de sus cejas, se despidió de todos.

Me sentí decepcionado, pero no pude hacer otra cosa que reírme ante la perspicacia de la rubia.

No obstante, aquellas pequeñas pero constantes pláticas pronto dieron sus frutos. Pronto nos volvimos inseparables.

Ella y yo íbamos a todos lados juntos, disfrutando del ocio citadino, de la buena música e interesantes pláticas que duraban hasta el amanecer. Incluso nuestros hijos se unieron a nuestros constantes paseos dominicales.

Me maravillaba cuando estábamos todos juntos.

La besé, fue completamente imprevisto y para nada romántico. Ella apenas podía creer que así había sido nuestro primer beso, en presencia de nuestros amigos e incluso de su madre. Pero nos quedamos varados en nosotros mismos.

Hacía una buena temporada que ambos pasábamos varias tardes y noches amándonos, exponiendo nuestros sentimientos y arrebatándonos apasionadamente en cada rincón de la estancia.

Divinas tardes de mutua compañía.

Aquella noche de verano, ella se despertó sudando frío y temblando entre mis brazos, como si un impulso violento y febril o truculenta pesadilla la hubiera arrancado del sopor producido por la gran batalla que habíamos librado en el lecho.

Se levantó del almohadón con lágrimas frescas. En ese momento, no supo decirme nada.

Ya en la mañana, mientras desayunábamos, me dijo que había soñado con mi muerte, soñó con mi cuerpo hinchado, completamente devastado por el veneno.

-¡No quiero perderte, Horacio! Si vos te morís, ¿qué hago?

La consolé con palabras dulces en su oído, asegurándole que, mientras estuviera entre mis brazos todo estaría bien entre nosotros. Inútiles pero piadosas mentiras.

Cada día, ella se ponía taciturna, melancólica, como si la idea de una muerte violenta la hubiera entristecido.

Ya no sabía qué hacer con ella y preferí regresar a la selva, aquella selva misionera que me había visto nacer. Me fui, sin decir nada, los días dichosos habían llegado a su fin.

Al año, regresé a Buenos Aires buscándola. La encontré muy cerca del puerto con la mirada perdida. Me acerqué hasta donde estaba, le grité su nombre, pero ni siquiera se volteó.

Acorté aún más la distancia entre nosotros y la abracé. Quise fundir nuestros cuerpos al ritmo de aquel ocaso y reconciliarnos para volver a los días felices... pero ella no devolvió mi abrazo. Parecía como un abrazo roto en el cielo rojo de octubre. Quisiera regresar el tiempo, pero ya no es posible.

Con el tiempo, un nuevo flechazo me hizo dejarla definitivamente durante una tarde lluviosa, dejando de lado nuestras tertulias, nuestros paseos, conciertos y salidas al cine. La abandoné, a Agustina.

Aún ahora, encerrado en medio de este Hospital, con el cáncer consumiendo mi cuerpo y abandonado por mi familia, Agustina vuelve a aparecerse atravesada en mis pupilas, incrustada en mi memoria hasta esta tarde en la que he decidido irme, dejando todo atrás por una copa de cianuro.

Estoy condenado a hundirme sin despedirme de nadie, especialmente de ella. Sin lograr darle aquel abrazo que se me quedo guardado en el tintero de mis recuerdos y en aquel ocaso en el muelle de Buenos Aires.

Al final, quedaré fundido en mis cabales.

Mitchel Rivera Hernandez

El cereal de Martha

Martha abre los ojos y, cómo cada mañana, pregunta a Nina cómo había dormido, después le pide a Xochipili que le cuente sus sueños y finalmente despierta a Rubén. Cuando termina de pasar lista, una nube de tristeza pasa por sus ojos, toma a sus muñecos y, con un abrazo muy fuerte, les susurra: los voy a extrañar.

Para Martha hay algo bueno en su partida, por ejemplo: ya no tendrá que pasar largas noches sola escuchando los truenos o siendo presa de la oscuridad, su papá ya no le jalará el

cabello intentando hacer un peinado súper apretado provocándole dolor de cabeza y, mejor aún, ya no habrá tarea que hacer. Cambiando su semblante se deshace sus trenzas y baja a la sala, Aasterisco comenzará pronto.

Israel despierta con incertidumbre, por un momento se ve en su habitación de cuando tenía trece años, estira el brazo para alcanzar su despertador, pero cuando su mano tira el móvil de su mesa de noche, la nubosidad del sueño desaparece trayéndolo a su realidad: solo en una cama matrimonial con el sonido de la televisión a todo lo que da, su hija Martha había despertado; ya no están las figuras de Batman colocadas en diferentes poses en repisas, como años atrás, ahora están los cuadros de nebulosas y asteroides de su esposa, quien lo dejó dormir solo un fin de semana más.

"Paaaaaaaaa", grita Martha desde abajo. "No alcanzo mi cereal, ven y dámelo que no tarda en empezar Aasterisco".

"¿Justo ahora?", le grita en respuesta Israel, "ya no podré volver a soñar"

"Si me bajas mi cereal y lo comemos juntos viendo Aasterisco, soñaremos"

Ese asqueroso cereal lo hace sentir culpable a veces y preguntarse si es un buen padre; aunque está certificado a él no le agrada que esas estrellas de colores de maíz inflado la mantengan tan absorta junto con el programa Aasterisco con el cuál no tiene casi ningún conflicto pues ella aprende sobre el universo, sólo los títeres que son sumamente extraños.

"Paaaaaaaaaaaaa", vuelve a invocar Martha haciendo que su padre aparezca en el marco de la puerta.

Ya con el tazón de cereal entre sus piernas, sentada frente al televisor, Martha espera el comienzo del programa viendo cómo la leche de su desayuno toma los colores azul, morado, rojo y amarillo de las estrellas, hasta mezclarse y formar un azul turquesa, magia de Pallasin y Seres, los protagonistas del programa y de su caja de cereal.

"¿No desayunaron Nina, Rubén y Xochipili en tu habitación?", pregunta su papá tomando a Xochipili, su favorita, y volviéndola colocar en su sitio, junto a Martha.

"Sí pa, pero cómo ya me voy quise desayunar por última vez con ellos", responde.

"¿Ah sí? ¿A dónde vas?"

" Voy al espacio, hacia A sagitario estrella con Pallasin y Seres, veremos las luces, creo que te dije ayer.

Israel la ve por un momento, cómo si el pequeño ser que tiene enfrente no fuera su hija, después de unos minutos le pide que le traiga de su viaje un asteroide.

"Si regreso traeré uno para cada quien", le dice Martha con un poco de tristeza. Israel le sonríe y se encamina a la cocina hasta que Martha le dice de golpe: "Te voy a extrañar, aunque me aprietas mucho mis colitas".

El hombre se detiene en seco y le responde con una mezcla de extrañeza y ternura:

"El lunes te vas con una diadema, ¿vale?"

El xilófono comienza a sonar e Israel se va a la cocina. Desde adentro se asoma por el marco de la puerta y ve a su hija metiéndose una cucharada de cereal con leche en la boca y quedar embobada cuando sale Pallasin (¿o acaso es Selina?) y saluda a sus televidentes.

Israel observa el agua de su taza tornándose de un color un verde olivo al mismo tiempo que se pregunta si sirve para ser padre, así como sirve siendo esposo. La ausencia nocturna de Ali por su trabajo en el laboratorio de análisis de suelo desenchaja en su idea de un "matrimonio ideal" y alimenta la sensación de fracaso que ya viene generando hace tiempo; ahora sumarle a eso el extraño comportamiento de su hija cada noche, desde hace meses, hablándole de personas que la buscan en su cabeza para jugar con ella y una constante fijación con las estrellas y el espacio, al igual que su madre, no le ayuda nada a sentirse mejor. De alguna manera sabe que algo anda mal en ella y que el "ya se le pasará, es una etapa " del que tanto habla Ali podría empeorar.

Él escucha a su hija hablando de nuevo de esa manera tan extraña cada que ve el programa desde la sala, al asomarse ve a éstos personajes hablándole de la vía láctea y el centro de la misma, pero la niña parece que en su forma de hablar discute otra cosa con alguien más.

"Martha..." habla Israel.

Martha voltea y con una sonrisa plena le contesta:

"¿Vas a viajar conmigo papi? ¿Te decidiste?"

"No, sólo intenta hablar un poco más despacio estoy en una llamada", argumenta Israel, al momento Martha regresa su vista al televisor, se mete una cucharada de cereal más y continúa hablando en susurros.

"Entonces ¿no va a doler?" pregunta Martha una vez más a Pallasin, dentro lo que él llama la habitación de Perseo, un cuarto triangular que cambia de colores que se encuentra en algún lugar de la galaxia.

"Claro que no, Martha" le dice Pallasin, el extraño conejo con pico y cuerpo emplumado, tocando el rostro de la niña con sus tres dedos que asemejan a los de una pata de pollo. "Sólo sentirás como si te cayeran unas gotitas de agua en la cabeza y de ahí viajaremos al centro de la vía láctea con tu mamá y otros amigos"

Martha se ensombrece de nuevo, la idea de viajar con su madre no le agrada, no quiere estar con ella porque no tendrán nada de qué hablar salvo de estrellas, ella prefiere a su papá, quién juega con ella a las muñecas y otros juegos que se inventaron.

"Recuerda que tu padre no puede ir con nosotros, él es diferente", le dice Seres, la extraña flor con una cabeza de pez saliendo de su interior plantada en lo que parece una pecera, "sólo puede ir tu mamá con nosotros".

No responde, no le gusta Seres, es muy feo y siempre se le asoman unos dientes nauseabundos, además puede saber lo que piensa sin que se lo diga. Dejando solos a su amigo Pallasin y a Seres, va a jugar con las luces que están a su alrededor; lo que le encanta de ellas es que cuando se acerca a los destellos estos se vuelven ventanas a otro sitio y puede ver múltiples figuras y formas.

El xilófono vuelve a sonar.

"Es hora de irnos", le dice Pallasin.

"¿Me puedo despedir de papá?, pregunta Martha.

" Ya no hay tiempo ", responde Seres.

La habitación se empieza a desvanecer, como si fuera vapor. Martha siente miedo, Pallasin le toma su mano con su pata de pollo y entonces como si le echaran un vaso de agua en la cara, se sobresalta. Al final todo se vuelve oscuridad, sólo escucha sonidos, a veces metálicos, otros como cuando abres la ventana del auto y el viento pasa a máxima velocidad por los oídos y algo que no sabía si eran animales o personas.

Martha se ha graduado de la universidad, su sueño no fue viajar a las estrellas, al final quiso algo que no la alejara de su padre, una carrera en contaduría pública. Ali está tomando fotos a su hija con sus amigos, es un hermoso día. Suena la orquesta de la universidad, pero algo perturba la felicidad de Israel, un xilófono; un velo negro cae del cielo y lo cubre, cuando logra deshacerse de él, Ali y Martha ya no están, él se encuentra solo en su antigua habitación de adolescente, con Nina, Xochipili y Rubén en las repisas en lugar de Batman; y los posters de Queen fueron sustituidos por fotografías de Martha.

Desde que encontró a su hija inconsciente con su cabeza dentro del tazón de cereal hace diez años, regresó a vivir con sus padres. El proceso que siguió después de eso fue muy difícil, no sólo lidió con una hija en estado de coma sino también con su esposa en las mismas condiciones. Los primeros años fueron difíciles, con suerte pudo mantener su trabajo como maestro en la universidad, pero solo con ayuda de sus papás se decidió a desconectar a su familia de la vida artificial.

Aún sus pensamientos dan vueltas sobre los hechos que ocurrieron ese día y los que siguieron: primero, la caída en coma de su hija y esposa tras gozar de un buen estado de salud; segundo, la presencia de Ali en el producciones Galaxia el mismo día en que Martha cayó en su tazón de cereal y el por qué estaba allí cuando debió validar datos en el laboratorio donde trabajaba; tercero, la inexistencia reconocida por la cadena de televisión Galaxia de la transmisión de Aasterisco los sábados por mañana; cuarto, la caída en coma en masa del 70% de niños y algunas madres y padres en la ciudad justo después de que el xilófono (el maldito xilófono) comenzó a sonar cerrando el programa matutino de los sábados; y finalmente la desaparición de la noche a la mañana del cereal de Martha, "Colorellas", de todos los almacenes y estantes así como de la fábrica que se encontraba a las afueras de la ciudad.

Hubo mucho caos y revueltas contra la televisora, así como en contra de los supermercados que adquirían el cereal. Mucha gente importante fue a prisión y pudo haber ido él, pero no se pudo demostrar su complicidad cuando la policía registro su casa, no se concluyó el papel de su esposa en todo el caso tras encontrarse inconsciente en la sala de control.

Había muchas teorías al respecto como que la ciudad fue sede de la prueba de una nueva arma estadounidense para las guerras, también se dijo que fue castigo de dios por dejar a los niños ver tanta TV (propuesta por la gente mayor y religiosos) y que es una distracción para la recesión económica que se aproxima.

Israel no se queda con ninguna de esas teorías. Él piensa en que Ali, seis meses antes de *aquel* día, había introducido el cereal y animado a su hija a ver el programa justo al regresar



Hasta la

